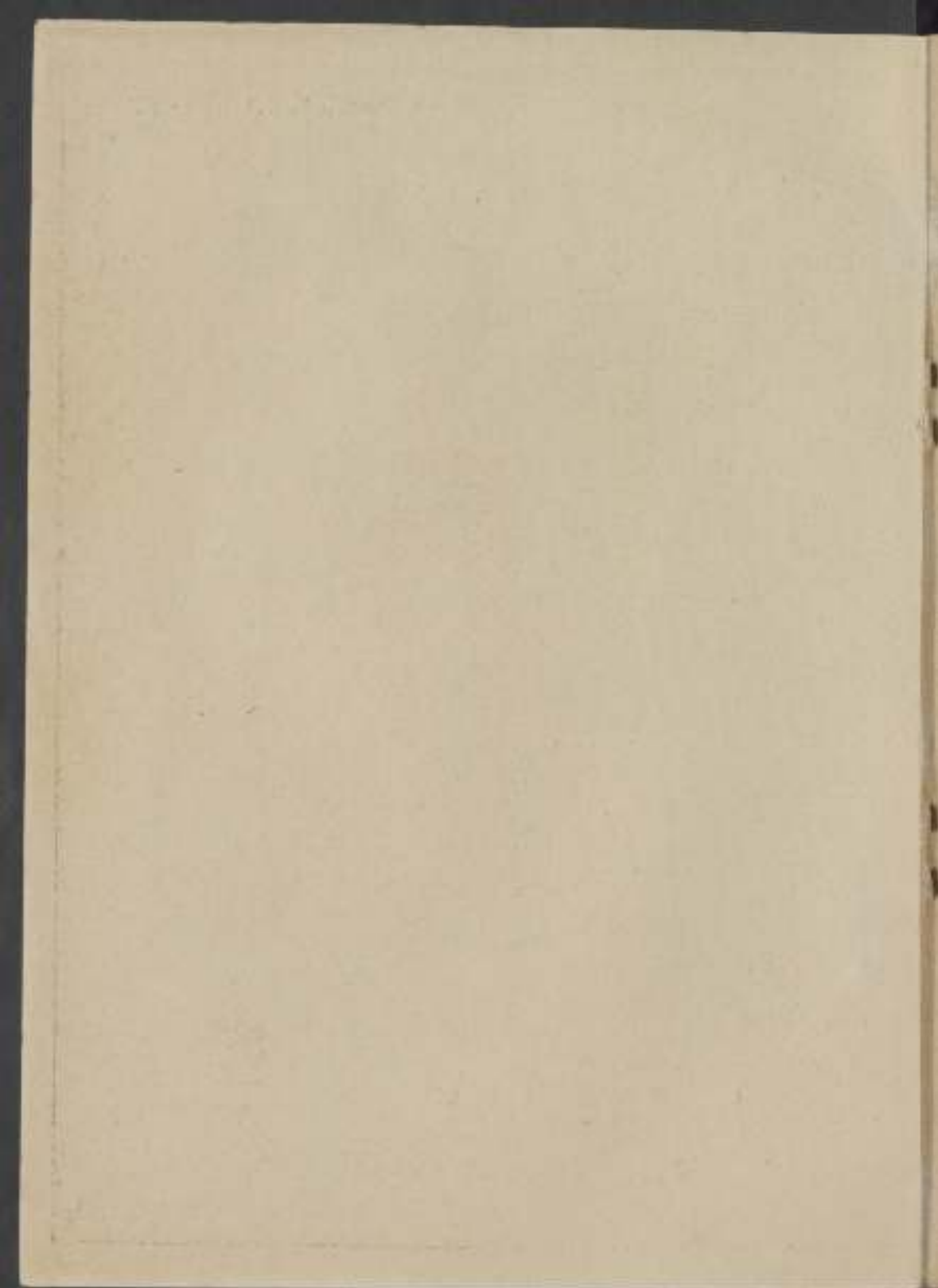


Editorial **EL CAJON**

FANTOMAS CONTRA FANTOMAS

Marcelle CHANTAL
Aime CLARIOND
Alexandre RIGNAULT

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS - Serie Especial





FANTOMAS
CONTRA
FANTOMAS

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRAFICAS ESTILO
Valencia, 234 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

Apartado 707 " BARCELONA " Teléfono 70807
Valencia, 334 " Dirección telegráfica: 5012125

AGENTE DE VENTAS Sociedad General Española de Librería
Barbaco, 16, Barcelona - Tormes, 4, Madrid

EDITORIAL
"ALAS"
V V V

AÑO XXVI

SERIE ESPECIAL

NUM. 144

NUM. 891

Fantomas contra Fantomas

Una oleada de crímenes barria nuevamente todo París, dejando perplejo al cuerpo de Policía que, al admitir como cierto el suicidio de Fantomas, creyó que la ruindad, las muertes y otras atrocidades que se atribuían al macabro criminal, habrían terminado para siempre. No fué así, pues una vez más tuvieron lugar los más audaces asesinatos, sin que por el momento se diera con el autor a quien castigar
-- con sus propias armas. --



BALET Y BLAY

Paseo de Gracia, 83 -- BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Señora de Charras</i>	Marcelle Chantal
<i>Doctor Breval</i> . . .	Alme Clariend
<i>Inspector Juve</i> . . .	Alexandre Rignault

Director:

Robert Vernay

Narración literaria:

Marcos Estrada

UN BAILE DE MASCARAS

El baile de disfraces que debía tener lugar en casa de los Grevin era un acontecimiento social del que se venía hablando hacia muchos días, y las invitaciones para poder asistir al mismo eran buscadas con afán por todos los que se jactaban de hallarse presentes en aquellos bailes donde se reúne el «tout Paris». Cuando llegó por fin la noche de la fiesta y los autos iban depositando ante la mansión de los Grevin máscaras y más máscaras, los mirones, que nunca faltan a presenciar estos improvisados desfiles, anticipaban que aquel baile sería uno de los más vistosos y concurridos que se habría celebrado después de terminada la segunda guerra mundial.

De un taxi se apeaba el imprescindible pierrot. De un coche particular descendían un oficial de marina dando el brazo a Madame Butterfly. Llegaba otro taxi y al abrirse la portezuela sólo se veía una sombra. ¡Vemos! Un humorista que ha querido disfrazarse de Fantomas, como si fuese muy agradable el recuerdo de tal personaje. Otro coche y aparecía un pomposo Napoleón I. La llegada de máscaras era seguida, constante; walkyrias, payasos, Manón, astrólogos y otro Fantomas. No faltaba un «cow-boy», como tampoco un romano y una Madame Dubarry, bajo cuyo antifaz se adivinaba un rostro hermoso, aunque no dema-

siado joven. Otro disfrazado de Fantomas puede decirse que pisaba los talones a la Dubarry y, también como una sombra, se deslizaba por la escalera del palacio perdiéndose entre los invitados que ya eran algunos centenares.

Figaro, Colombina y Suzel andaban también por los salones procurando, como gente joven que eran, pasar un rato divertidos.

La música de un quinteto de cuerda invitaba a bailar, pero todavía se lanzaban pocas parejas a la pista. Era aquel momento en que los invitados se examinaban unos a otros, intentaban adivinar los rostros que cubrían los antifaces con ansias de encontrar una persona amiga para el primer vals, dejando la aventura de lo desconocido para última hora.

Un joven se fijó en uno de los Fantomas y dirigiéndose a una de las máscaras que estaban a su lado le dijo:

—Aquí tiene usted al maestro del crimen, el que intentó asesinar al inspector de policía Juvé. Como siempre, la maldad venciendo a la justicia. ¿Cómo pudo escapar aquel día? ¡Misterio! Pero hasta el fin nadie es dichoso. ¿Qué queda de todo aquello? Un recuerdo agradable, una mujer hermosa, un brillante de gran precio... Desde luego, el inspector Juvé es demasiado curioso, intentó desenmascarar al maestro del crimen, tuvo la audacia de poner su mano sobre el hombre que hacía temblar todo París, toda Francia, todo el mundo... La venganza de Fantomas será terrible...

La máscara miró al que le hablaba.

—Sois un poeta algo admirable. ¿Qué expresión! Vuestra prosa encierra un lirismo que me encanta...

En otro ángulo del salón, Figaro estaba entusiasmado hablando con una jovencita.

—Amigo Fandor, usted que es periodista, cuéntenos las últimas noticias.

Figaro, al que la joven llamó Fandor, la miró sonriente; indudablemente ya se conocían.

—Las últimas noticias son que «mademoiselle» Charlotte Coday, parece que acaba de asesinar a Marat...

—¡Oh, no haga usted caso de habladurías!—contestó Cristina de Charras.

—Cristina...

—¿Qué?

—Tiene usted unos ojos encantadores—dijo el periodista mirándola entusiasmado y, con la exageración que le autorizaba el distras, añadió:

—Y la boca no está mal tampoco, pero necesito una prueba. Al decir esto, Fandor se adelantó como para besarla.

—¡Cuidado, Fandor! Mi madre nos está observando—, y Cristina dirigió la mirada donde se veía a Madame Dubarry muy interesada en conversación con un Fantomas.

—¿Qué importa! Sólo quería satisfacer una curiosidad profesional.

—Es posible, pero como mi madre nunca lee su periódico, no podría entender su interés, ¿comprende?

Fandor miró también a Madame Dubarry por un instante, y preguntó:

—Cristina, ¿quién es el Fantomas que está hablando con su madre?

—Un viejo amigo, el doctor Breval.

—Si he de hablarle con franqueza, Cristina, encuentro esta fiesta de muy mal gusto y muy vulgar; se han reunido, por lo menos, cinco o seis disfrazados de Fantomas.

—Y usted se ha disfrazado de Figaro... ¿Opina que es original vestirse de barbero?

No pudo menos que reírse el periodista al escuchar la réplica de su admirada Cristina, y al oír los acordes de un tango, Fandor la cogió del brazo y salieron a bailar.

Madame Dubarry, o sea la señora de Charras, parecía estar muy interesada en la conversación que sostenía con el doctor Breval. El se lamentaba:

—Te aseguro, Irene, que no acabo de comprenderte...

—¿No? ¿Pues, por qué quieres casarte con una mujer a la que no comprendes?

—Porque estoy locamente enamorado de ella, Irene.

—¿Y crees tú que el amor ayuda a comprender?—preguntaba Irene moviendo su cabeza que lucía complicado peinado de época.

—No lo sé.

—No, no ayuda para nada—decía decidida la señora de Charras—, es inútil François. Hace muchos años que nos conocemos, en seguida vendría el aburrimiento y la vida resultaría imposible.

El tono de Irene era decidido, enérgico, mientras que el aspecto de su admirador era el de un mendigo que suplicaba tristemente.

—Siempre te he admirado, Irene. Tuve que ver cómo te casabas con Charras y esperé; para mí no hubo ni habrá otra mujer en el mundo. Ahora eres viuda, tus hijos ya son mayores, eres libre...

—Y tengo la pretensión de seguir siéndolo.

Fandor había dejado un momento a Cristina porque oyó que alguien le llamaba. Un caballero de frac, que se cubría con un dominó, se acercó a él.

—Señor Fandor... no sabe cuánto me alegro de verle...

—Perdone, pero me parece que sufre usted una confusión—repuso el periodista.

—¿Es posible que se haya usted olvidado de mí? Soy Noblet, los vinos Noblet, la nobleza de las mesas bien servidas. Me hizo usted una interviú en momentos algo difíciles. Cuando el escándalo de los vinos, ¿no recuerda?

—¡Ah, sí! Perfectamente. Debe usted perdonarme, pero es que desde entonces han habido tantos casos parecidos, ¿no es cierto?

—Desde luego. Yo fui un precursor. Tuve que pagar una multa enorme, lo cual me obligó a aumentar los precios. No acaban de convencerse, Fandor, que con estos procedimientos no bajará nunca el coste de la vida. Esto de los precios altos es la herencia de la segunda gran guerra...

—¿Y qué hace usted en esta fiesta, amigo Noblet?—preguntó, interesado y curioso, el periodista.

—Aburrirme, esta es la realidad. Me habían dicho: vaya

usted al baile de los Grevin, allí encontrará a todo París, toda la gente conocida...

—Y es la pura verdad.

—Pero como yo no conozco a la gente conocida, francamente. Además... no me parece bien todo esto... tantos disfrazados de Fantomas, no es cosa para bromear—lamentó el nuevo rico, comerciante en vinos.

—Puesto que Fantomas ha muerto...

—¿Muerto? Eso lo creeré cuando lo vea...

A estas palabras de Noblet, se le acercó uno de los Fantomas que asistía al baile.

—Perdonen, caballeros, ¿podría usted darme fuego? —dijo Fantomas dirigiéndose marcadamente a Noblet.

Este le dejó su encendedor; Fantomas encendió el cigarro y le devolvió el aparatito ceremoniosamente.

—¡Muchas gracias, caballero!

Noblet permaneció en silencio, mientras observaba cómo se alejaba aquel maldito disfraz.

—Simple coincidencia—dijo el periodista.

—Tampoco me gustan las coincidencias ni pizza.

—Vamos, vamos, no se ponga usted nervioso, no vale la pena, estamos en un baile.

—No me pongo nervioso... pero hay ciertos muertos que me dan miedo, porque tengo la impresión de que no están muertos de verdad.

—Esa clase de muertos son los peores—dijo Fandor riendo.

—Si supiera usted ciertas cosas, se quedaría asombrado.

El periodista se acercó a Noblet y en voz baja dijo:

—Escuche, señor Noblet...

—¿Qué?

—Simplemente, este delicioso vals, de tres tiempos, que tengo comprometido con la muchacha más encantadora que asiste a la fiesta; con su permiso.

Fandor se despidió en esta forma pintoresca del nervioso y atemorizado nuevo rico, para reunirse una vez más con Cristina, a la que encontró hablando con su madre.

—Oiga, Fandor, Cristina acaba de decirme que usted puede prestarme un gran favor.

—Para mí será un placer poder servir a usted en algo, señora de Charras.

—Salgo para Egipto el próximo sábado y es preciso que me visen el pasaporte...

—Nada más fácil, mándemelo mañana mismo al periódico —contestó el que estaba en la etapa de conquistar a la futura suegra.

—¿Cree usted que podrá obtener este visado?—preguntó, ansiosa, la dama.

—Con toda seguridad.

—Gracias, Fandor.

—Es que si hace falta, Fandor lo falsificará—dijo Cristina, mirando al periodista.

—No, señorita, emplearía demasiado tiempo, y su mamá tiene prisa.

La pareja salió a bailar, y una vez más la señora de Charras encontró al doctor de Breval a su lado.

—Irene, tienes que decidirte esta noche. Es muy importante, por ti he sacrificado toda mi vida, he abandonado mi profesión, todo... Es preciso que me digas algo, que me des alguna esperanza. ¡No puedo esperar más! Irene, compadécete de mí.

El tono suplicante del doctor irritaba a Irene.

—¿Por qué me hablas así? Si fuese posible querer por compasión, habrían muchos matrimonios felices...

—Respóndeme—dijo De Breval, algo más enérgico que no había estado en toda la noche.

Irene sonrió.

—Ya empiezas a hablar como un marido desagradable.

—Irene, responde, ¿sí o no?

—Está bien, pues ¡no! De una vez para siempre.

—¡Irene! ¡Irene!

—No levantes la voz, De Breval, te pones en ridículo.

La calma con que hablaba la señora de Charras pareció que se comunicaba al doctor y dijo más sumiso.

—Estoy nervioso, es verdad; pero también es muy natural. Para mí esta negativa tuya significa una gran decepción. Desde luego, es la última...

—¿La última? ¿Qué quieres decir?—preguntó algo intrigada la señora de Charras ante el cambio de actitud observado por el doctor.

—Ya sólo me queda una solución.

—¿Ah, muy bien! ¿Tal vez suicidarte, como el joven Werther? Tomas una actitud romántica disfrazado de asesino. Te advierto que está fuera de lugar.

—Espero que esta falta de comprensión, Irene, te ayudará a olvidarme. Adiós, Irene, adiós.

DESAPARECE DE BREVAL

Cuando el recuerdo del baile en casa de los Grevin estaba fresco todavía en la memoria de muchos, porque sólo habían transcurrido tres días, la policía invitó a madame de Charras que se personara en el depósito para reconocer a un cadáver. Unas líneas encontradas sobre el muerto habían obligado a la policía a molestar a Irene.

El prefecto sometió a la dama a un interrogatorio y ella relató la última conversación sostenida con el doctor durante la fiesta carnavalesca. Habló decidida, enérgica, como era su costumbre, sin vacilar un solo instante, y el amanuense iba anotando sus declaraciones. Había reconocido el cadáver. No había la menor duda de que se trataba de su viejo admirador; además, la carta que se encontró en sus bolsillos, refiriéndose también a Irene y sus últimas palabras, confirmaban sobradamente quién era el personaje.

—Ya es suficiente, señora; ahora firme su declaración, por favor—dijo el jefe de policía.

—Gracias, no hay duda alguna, el pobre Breval se ha suicidado; y lo que lamento es que me lo insinuó; pero creí que mentía, que lo hacía para obligarme...

—¡Ah! Si uno tuviera que creer lo que dicen los enamorados, sería imposible la vida—comentó el policía, procurando disimular la admiración que a su vez le inspiraba la señora de Charras.

—Salgo de viaje hoy mismo; pero si hiciera falta mi presencia de nuevo, pienso estar de regreso dentro de tres semanas—dijo la dama.

—Se puede decir que este asunto ha terminado—contestó el policía.

—Pues, señores, muy buenas tardes.

Saló Irene de aquella lúgubre dependencia, y al verse en la calle le pareció que se encontraba mejor. La muerte de Breval y en aquella forma la había impresionado.

Uno de los policías se quedó mirando a Irene, mientras desaparecía dentro de su coche.

—¿Por qué vamos a engañarnos? Es una mujer encantadora, mi sargento.

—Tiene usted razón, Cornidieu, es una mujer superior.

Mientras tanto Irene daba órdenes a su chofer:

—Andrés, tendrá que correr un poco, al aeropuerto de Orzly, tenemos muy poco tiempo.

—Muy bien, señora.

El coche se deslizaba veloz sobre la alquitranada carretera que conducía a Orzly, mientras Irene seguía preocupada por el extraño suceso en que la pertinaz pasión del doctor la había envuelto. ¡Dichoso hombre con sus enamoramientos de colegial!

Los minutos transcurrían rápidamente y la señora de Charras consultaba constantemente su reloj de pulsera.

El avión dispuesto para emprender vuelo hacia El Cairo ya estaba sobre la pista con los motores en marcha.

El azafata preguntaba a uno de los empleados:

—¿No falta nadie?

—Sí; el señor de Charras ha telefonado a la oficina para

anular el pasaje de su esposa y este caballero toma su puesto —explicó el empleado.

—Bien.

Muy cerca ya del aeropuerto estaban haciendo reparaciones en la carretera. La brigada encargada de alquitrantar había instalado unas vallas que privaban el paso, mientras a uno de los lados hervía la caldera del alquitrán, dispuesto a ser desparramado sobre el piso. Hizo alto el coche y pronto vió el chofer que no se podía pasar.

—No puedo pasar adelante, señora; ¿espero un poco?

Miró la señora de Charras su reloj por centésima vez. Faltaba poquísimo para la hora de partida. Desde donde estaban se veían las verjas del aeropuerto y se oían los altavoces llamando a los pasajeros. Irene saltó del coche llevando un pequeño maletín en la mano.

—Márchese, Andrés, llegaré antes a pie—dijo la dama.

—Que tenga usted un buen viaje, señora—dijo el chofer, quien, sin esperar más, hizo marcha atrás, poniendo de nuevo el coche en dirección a París, hacia donde salió disparado.

Irene siguió adelante, campo a traviesa, con paso decidido, fija la vista en el avión que pronto la llevaría hacia El Cairo. No veía nada más y al fin había logrado olvidar a De Breval. Desde donde andaba oyó claramente los altavoces que decían:

«Los pasajeros para El Cairo tengan la bondad de presentarse en la aduana», aviso que repitieron monótonamente varias veces.

Poco le faltaba para llegar al campo de aviación cuando oyó pasos detrás de ella. Volvió la cabeza y oyó que alguien decía:

—¡Irene!

¿Aquella voz, aquel hombre?

—¡Breval!

Y en esta sola palabra condensó todo el horror que sentía.

—Ven conmigo, Irene, no podemos perder un instante...

Madame de Charras creía estar soñando. Sentía la presión de las manos de Breval sobre sus brazos, que la conducían en

dirección opuesta a la que ella deseaba seguir, pero no tenía fuerza para libertarse.

—Ven, sígueme—decía el doctor, llegando junto a un taxi que esperaba.

—Pero, es que yo...—intentó decir la dama.

—No hables ahora, luego te lo explicaré todo—dijo el médico mientras la empujaba para que subiera al taxi. El la siguió, corrió la puertezuela y el vehículo partió hacia una dirección que no era la de París, ni la del aeropuerto.

EL LABORATORIO DEL CRIMEN

En un quirófano tan bien dotado como lo pudiera estar el mejor de París, se encontraba el doctor Breval, con su bata blanca, casquete y tapabocas, preparado para realizar una operación. ¿Qué había inducido al doctor a hacer creer a la policía que se había suicidado? ¿Su amor por Irene? No era esto suficiente, aun cuando era la pasión de toda su vida. Ya en su primer engaño, cuando Irene había contraído matrimonio con De Charras, el doctor había llevado una vida oscura. Célebre como cirujano, había abandonado a su clientela, dejándose ver muy poco. No obstante, las expertas manos del médico no habían estado ociosas. Había puesto su ciencia al servicio de la maldad, consiguiendo realizar una arriesgada operación, trepanando el cráneo, con lo que conseguía hacer perder la voluntad de sus pacientes. Este maldito arte lo había ofrecido al auténtico Fantomas, quien había sabido aprovecharse muy bien de los tipos que, faltos de voluntad, eran sus juguetes y realizaban los crímenes que él les ordenaba, mientras él, su inductor, permanecía a salvo.

Irene de Charras, por su posición social, por su belleza, era un personaje que les interesaba. Si la hermosa viuda hubiese

aceptado el amor de Breval, él la habría cuidado como una flor; pero desechado irremisiblemente, ella pagaría el desdén con que le había tratado. Propuesto el plan a Fantomas, éste lo encontró maravilloso, y se planeó el secuestro de la viuda en la forma que se llevó a cabo: Irene, internada en la clínica, no podía comprender qué es lo que pensaban hacer con ella, y mientras tendida en la mesa de operaciones intentaba a gritos defenderse, se veía rodeada de enfermeras y practicantes que la aseaban a inyecciones, mientras otro elemento le cortaba el cabello.

—¡Suéltlenme! ¡Suéltlenme!—gritaba la pobre Irene, ya les he dicho que no estoy enferma, no tienen por qué operarme... ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Por Dios, caballero, se lo suplico!—insistía, mirando a uno de los ayudantes cuyo rostro permanecía cubierto. ¡Esto es un atropello! ¡Esto no es posible!

Pero los gritos y súplicas de Irene se perdían entre aquellos muros del gran caserón, donde Fantomas y Breval preparaban a sus criminales. Nadie podía oírlos, por mucho que gritase; las paredes, el bosque y la soledad eran los cómplices de los dos malvados.

—Ya pueden empezar a prepararla—dijo De Breval por toda contestación a las quejas de la mujer que creía haber amado.

Alguien llamó a la puerta de la sala de operaciones y apareció una señorita vestida de enfermera, de aspecto tan desagradable como todos los que allí estaban reunidos.

—Doctor, un cablegrama de América.

—Abralo—ordenó De Breval, quien, por estar ya dispuesto a operar, no podía coger el papel.

Obedeció la secretaria y leyó lo siguiente:

«Faltando segundo plazo, nos vemos obligados a interrumpir fabricación nuevo anestésico. Stop. Saludos, John Brown y Cia., de Boston.»

De Breval meditó un momento.

—Conteste por cable también y dígales que el plazo será pagado dentro de tres meses.

—¿Nada más, doctor?

—Nada más.

Salió la secretaria y el doctor se dirigió adonde se hallaba Irene bajo la influencia del anestésico.

—Respiración dieciocho, tensión catorce, respiración diecinueve, tensión catorce—iba diciendo la enfermera mientras De Breval trepanaba el cráneo de la mujer que amaba, para convertirla en un ser sin voluntad propia y hacerla cometer los más odiosos crímenes.

TRAS PROLONGADA AUSENCIA

Cristina de Charras y su hermanito Pierre, que no contaría más de doce años, se consolaban de la ausencia de su madre, a la que suponían estaba pasando una divertida temporada en El Cairo, recibiendo a sus amistades, entre las que se contaba muy asidua la de Fandor. Las noticias durante la temporada que faltaba madame de Charras, habían sido muy breves y todas telegráficas. Inopinadamente llamó el timbre de la calle e Irene penetró en su hogar. El pequeño Pierre bajaba del piso superior y vio a su madre en el «hall».

—¡Mamá, mamá! ¡Qué alegría! ¡Mamá ha vuelto! ¡Mamá ha vuelto!—exclamó el chiquillo, quien, más que el semblante, había reconocido la figura de su madre.

Al fijarse en ella, cuando corrió para abrazarla, vio una expresión distinta a la que él estaba acostumbrado e instintivamente se hizo hacia atrás.

—Pierre, hijo mío, ¿es que no me reconoces?—preguntó alarmada la madre.

—Sí, mamá, claro que sí—dijo el muchacho, dejándose caer en una butaca.

A las voces de Pierre habían acudido Cristina, seguida de Fandor, que se encontraba de visita en la casa.

—Al fin has vuelto, ingrata—dijo Cristina, medio en serio medio en broma.

—¿Por qué me llamas ingrata?

—Te vas por tres semanas y tardas dos meses...

—Ya te expliqué, hija mía...

—Sí, por telegrama. Cuando pienso que no has sido capaz de escribir una sola carta, mamá...

—Vamos, Cristina—dijo Fandor, interviniendo graciosamente—, debe dejar que su madre descanse un poquito.

—Tiene usted razón, Fandor, los hijos nunca saben hacerse cargo de nada...

—¿No tomarla usted un coctel? —preguntó el periodista.

—Con mucho gusto—repuso la dama.

—Esto la animará.

Pasaron todos a un saloncito, en uno de cuyos ángulos estaba instalado un diminuto mostrador de bar, y Fandor preparó personalmente la bebida.

—A no ser por usted, Fandor, mi hija me dejaría morir de sed.

Madame de Charras se sentó en el sofá, su hija a su lado, ésta mirándola con cariño después de tan prolongada ausencia.

—¿Qué es eso? ¿Cambiaste de peinado, mamá?—preguntó asombrada Cristina, al ver que su madre llevaba el pelo extremadamente corto.

—Sí. ¿No te parece bien éste?

—Sí; pero está pasado de moda.

—Ya sabes, hija, que la moda poco me importa.

—La señora de Charras no se somete a la moda—observó el periodista—. Suele precederla o crearla.

—Gracias, Roberto Fandor, es usted un hombre agudo e inteligente—contestó sonriendo Irene.

Apareció una camarera en el umbral.

—Con permiso, llaman a la señora al teléfono.

—¿Ya se han enterado de que ha regresado usted de su viaje?—preguntó el periodista.

—Esto le parece a usted imposible—dijo Cristina—, porque

su diario no lo ha publicado todavía en las notas de sociedad.

Se levantó Irene de donde estaba y se dirigió a la habitación donde se hallaba el teléfono, sumiéndose en interesante conversación. Fandor y Cristina observaron que Pierre no se había movido de la butaca donde se había sentado al llegar su madre.

—¿Qué te pasa, Pierrot? ¿Por qué estás tan triste?—preguntó Fandor, acariciándole.

Pierre encogió los hombros.

—Es verdad, niño... ¿No le ha producido alegría el regreso de mamá?—dijo Cristina.

—Sí, claro—contestó el muchachito sin gran entusiasmo.

Irene aparecía preocupada a medida que escuchaba el mensaje telefónico que le daban y se limitaba a contestar:

—Bien, entendido, sí... sí, muy bien.

Colgó el aparato y fué a reunirse nuevamente con sus hijos. Fandor puso en marcha la radio, bailando a su son con Cristina. Pierre les miraba con aire de desprecio y madame de Charras no se daba cuenta de nada de cuanto la rodeaba.

NOBLET, COMERCIANTE DE VINOS

En estos tiempos modernos en que la contabilidad de un comerciante de artículos de primera necesidad ofrece ciertos peligros, el hombre de negocios que conoce bien el suyo no gusta de tener un gran número de empleados. Noblet, traficante en vinos, hombre que había acumulado muchísimos millones durante la guerra y muchos más en la postguerra, llevaba solo los libros de su casa, sin más ayuda que la de Laurent, escribiente de tipo especial, hombre ya cuarentón, feo, delgado, el cual no se había casado por cierto temor extraño hacia las mujeres y además porque con lo que ganaba en casa de Noblet le hubiese sido un poco difícil sostener a toda una familia.

Era mediodía, y el señor Noblet se encontraba en su despacho, mal amueblado, sin confort de ninguna clase para dar la impresión de que su negocio era ruinoso. Laurent apareció en el despacho de su jefe.

—Tome, Laurent; aquí están las letras de Chapoel. No hay que perderlas de vista.

—¿No confía usted en que se las pague, señor Noblet?—preguntó el pobre contable.

—Sí, sí, Laurent; confío que con prudencia lograré cobrar. ¿Hay alguna cosa más a despachar?

—Por ahora, no, señor; si usted me lo permite... es un poco tarde...

—Bien, bien; es hora de que vaya usted a comer... Como dijo el poeta: «Un estómago sano en un cuerpo sano, es el secreto de la felicidad», vaya usted y buen provecho.

—Gracias, señor Noblet, hasta la tarde.

El contable salió del despacho, cogió su mugriento sombrero negro de la percha y se lanzó a la calle, respirando el aire, que comparado con la atmósfera viciada del almacén, le supo a gloria. Con paso precipitado cruzó una calle, una avenida y otra callejuela hasta llegar a un fonducho, o casa de comidas, donde él acostumbraba a restaurar sus fuerzas todos los mediodías. Era conocido de los amos y de los clientes, que al entrar le saludaron con cierta cordialidad, a la que correspondió con su poca gracia habitual.

Se dirigió hacia la mesa en que acostumbraba a comer siempre y en la que se veía a una mujer entrada en años, bella todavía, con una cabellera rubia muy recortada. Vestía una falda extremadamente corta y un jersey que hacía resaltar sus formas. Comía quietamente y en la mano izquierda tenía un cigarrillo. Disimuladamente observó a Laurent, cuando se sentó ante ella, y siguió comiendo.

La mujer de la ventanilla que se cuidaba de tomar el pedido a los clientes, saludó con más entusiasmo que nadie a Laurent.

—Buenos días, señor. ¿Qué desea comer hoy? Tenemos cordero asado muy bueno...

—Tráigame una ración, pues; pero poco grasiento, como de costumbre.

—¿Y una copita de tinto, como de costumbre?—ofreció la mujer.

—Sí, gracias.

La enigmática dama sentada ante el contable, levantó sus bellos ojos y los fijó en los de su vecino de mesa.

—¿Es usted un antiguo cliente?—preguntó con amable sonrisa.

—Sí, sí, claro; hace diez años que vengo a comer aquí todos los días.

Irene de Charras, pues no era otra la mujer, permaneció unos instantes sin proferir palabra, observando a Laurent como devoraba su ración de cordero asado.

—Es usted un hombre fiel, diez años comiendo siempre en el mismo lugar.

—Le diré a usted, me molesta cambiar—explicó el infeliz, sin asomo alguno de galantería.

La dama insistió:

—No deja de ser una condición muy agradable para su esposa.

Laurent levantó la cabeza como si le hubiesen pisado el callo.

—Es posible; pero de momento, no me he casado aún.

Había terminado su frugal comida e iba a levantarse para marchar.

—Vaya, vaya...—dijo Irene, haciendo trabajar sus ojos contra el pobre Laurent.

—Con su permiso—dijo el contable, ya en pie y dispuesto a salir a la calle sin más dilación.

En aquel momento tuvo la curiosidad de mirar el rostro de su extraña y bella compañera de mesa, y ésta le cogió la mano. Todo ocurrió en un instante, y Laurent se encontró sentado a su lado, cogida Irene por la cintura, cautivado por su belleza. Laurent era otro hombre. Sus ojos brillaban y de su boca salían las más ardientes palabras. El mismo no se conocía su voz. La

mujer de la ventanilla observaba la escena sonriente, por estar ya habituada a tales lances.

—¿Me permite que le ofrezca una copita de licor?—preguntó el alocado Laurent.

Irene asintió con una mirada que todavía enloqueció más a aquel desdichado, que poco sospechaba la trampa que le habían tendido.

—Irma—dijo a la mujer de la ventanilla—, dos cremas de cacah, en las copitas de costumbre —y sin aguardar a que le contestara volvió a su apasionado coloquio con Irene, como hubiese hecho el más ingenuo colegial.

Irma sirvió el licor y los supuestos enamorados brindaron por su propia felicidad.

—¡Esto es una locura!—exclamó Irene, fingiéndose ruborosa.

—Irene, Irene, ¿me permite que la llame así?

Ella asintió con una candorosa sonrisa.

—Déjeme decirle una cosa. La locura es el privilegio de los hombres formales.

—¿Sabe usted leer en las rayas de las manos?—preguntó Irene, ofreciendo la suya al infeliz.

El la miró perplejo.

—No, no; todavía no la conozco a usted bastante, y sin embargo parece que seamos viejos amigos.

—A mí me ocurre lo mismo. Es una extraña sensación, pero tengo la impresión de que no es la primera vez que nos encontramos...

—¡Ah, sí! Estoy seguro de que es la primera vez que la encuentro en mi camino, Irene, Irene, mi amor...

Bajó ella los ojos como para indicarle que fuese más prudente y como si esto le hiciera volver a la realidad, miró el reloj.

—¡Bendito sea Dios! Si ya es la una y media, Irma, la cuenta, de los dos, claro.

Laurent sacó unos mugrientos billetes de su bolsillo y abonó la nota de lo que para él había sido una verdadera orgía.

—¿Tiene que trabajar esta tarde?—preguntó Irene.

—Sí, tengo esta mala costumbre—repuso el enamorado con cierto humorismo.

—¿Qué lástima! Cuánto siento que tenga que marcharse tan pronto...

—Más lo siento yo... ¿Por qué no me acompaña? Pasaremos por la avenida de los colegiales.

—Iré: siempre me gustó aquel paraje.

Se levantó Irene y salió juntamente con Laurent. Este iba tan distraído y fuera de sí, que ni se acordó de recoger su sombrero que permaneció colgado en la percha del restaurante. No había andado muchos pasos cuando el aire de la calle le hizo notar que iba descubierto y retrocedió para recoger la olvidada prenda. De nuevo en la calle, cogió del brazo a Irene, y ella con sus miradas y mimos fué alejándole de la ruta de la oficina, hasta penetrar en el parque, donde un bien dispuesto taxi, al que el inconsciente contable la invitó a subir, creyendo que le conduciría a la felicidad, ignorando que el conductor ya sabía el camino que debía emprender.

Había transcurrido un mes. El señor Noblet, sentado ante la mesa de trabajo del periodista Fandor, intentaba explicarle el contenido de una carta que tenía en la mano.

—Ahora, dígame usted, señor Fandor, ¿qué le parece todo esto?

—Supongo que se trata de una broma—repuso el periodista.

—¡Una broma! ¡Pedirme veinte millones de francos bajo amenaza de muerte! Me parece que como broma es un poco demasiado—exclamó Noblet, seriamente preocupado.

—Es una broma de mal gusto, si lo prefiere usted así.

—¿Se ha fijado en la firma de la carta?

—Sí, perfectamente. Fantomas... El último Fantomas que firmó una carta parecida a ésta era un alumno del Liceo Lacanal. Tenía doce años.

Alguien llamó a la puerta. El señor Noblet se agitó nerviosamente.

—¡Adelante!—dijo Fandor, y entró el jefe de imprenta.

—Señor Fandor, aquí está la autorización de censura para tirar adelante el diario—dijo el obrero.

—Gracias—respondió Fandor, recogiendo el papel que le ofrecía su subordinado.

—Es de un atrevimiento enorme, señor Fandor—dijo el jefe de imprenta—, la crueldad con que habla usted del ministro de Hacienda en su artículo.

—Acababa de recibir la nueva tarifa de impuestos. Con este artículo me he vengado. ¿Qué estábamos diciendo, señor Noblet?

—Que no debe usted tomar mi asunto a risa—insistió el hombre de negocios.

—Fantomas no existe, se suicidó, ha muerto, lo mismo da, y yo no creo en fantasmas.

—No fué un fantasma quien hizo quebrar a Caribón después del gran negocio del azúcar, ni a Dupont du Card, por el suministro americano. Todos, todos recibieron cartas similares a ésta mía.

—Por favor, Noblet, ¿qué es lo que usted pretende?

—¡Salvame!—exclamó Noblet.

—La policía está alerta; si el «chantage» está planeado, esto es lo que cree usted, vaya a ver al comisario Juvé de mi parte. Enséñele esta carta... ¿Por qué no se le ha ocurrido a usted una cosa tan fácil? Enséñele sus libros de contabilidad, demuéstrele que no es usted hombre de tantos millones...

—¿Cree usted posible, Fandor, que en nuestra época, un negociante pueda mostrar sus libros de caja a la policía? Conoció a un incauto que lo hizo queriendo echárselas de valiente... Roubard, se llamaba, y el pobre fué hallado más tarde muerto en un tren.

—¡Un lamentable accidente!

—Sí, claro; él no pudo decir que le habían asesinado, porque lo dejaron hecho pedacitos. ¿No cree usted que estos procedimientos son del estilo de Fantomas?

—¡Sí!—contestó Fandor, convencido.

—Entonces, estamos de acuerdo—dijo Noblet.

Fandor, que había permanecido sentado, se levantó y empezó a andar por su despacho.

—¿Tiene usted alguna sospecha?—preguntó al comerciante.—¿No hay nada anormal a su alrededor?

—Le diré. ¡Quizá sí!

—¿De qué se trata?—insistió Fandor.

—Hace cosa de un mes, desapareció mi contable. Salió a la hora de costumbre para ir a comer y no le he visto más.

—¿Le había robado algo?

—No, nada; esto es lo más asombroso.

—Entonces no tiene motivo para sospechar de él. Su contable se cansaría de trabajar y se marchó.

—Era incapaz de semejante comportamiento.

—¿Alguna mujer?

Noblet se echó a reír de buena gana, olvidando por un momento todos sus temores.

—Ni hablar, querido Fandor; Laurent no era hombre de aventuras amorosas.

—Bien, pues; puntualicemos. Escuche, Noblet... el Fantomas que firma su carta ¿para cuándo le ha citado?

—Para el miércoles que viene... pasado mañana, a las once de la noche, en mi palacio de Bercy.

—Bien; allí estaré yo también haciéndole compañía a usted. ¿Le satisface esto?

—Sí, Fandor; se lo agradezco muchísimo.

Los dos días que transcurrieron después de esta conversación entre el millonario y el periodista fueron de verdadera angustia para el primero, que veía acercarse la hora fatal con verdadero pánico. Por fin amaneció el día en que a las once de la noche debía recibir la visita de Fantomas que le reclamaría los veinte millones de francos pedidos por carta y que de no serle entregados, pagaría con su vida. Las once de la noche no acababan nunca de llegar, y por otra parte le parecía a Noblet que el reloj corría demasiado.

Bastante antes de la hora señalada, Noblet y Fandor se hallaban en el despacho donde había la caja fuerte que guardaba

buena suma de dinero. La nerviosidad del comerciante parecía contagiar al hemático Fandor.

—Bien; tenga calma, hombre. Poco antes de la hora, pasaré a la habitación contigua y estaré al acecho.

No pareció entusiasmar a Noblet tal proposición. Le horrorizaba estar solo, precisamente porque ésta era una de las condiciones que más acentuaba la carta de Fantomas.

—No tema, Noblet; yo estaré allí—dijo Fandor, señalando una puerta a la derecha de la habitación.

—Bueno; pero no se vaya muy lejos... y deje la puerta abierta.

—Y usted no se mueva tampoco, no dispare, no se mueva hasta que yo intervenga.

—Ya puede estar seguro de esto, Fantomas no es un cliente que me halague...

Sonrió incrédulamente Fandor, seguro de que no se presentaría nadie. La aguja grande del reloj estaba casi sobre las doce. El periodista creyó que había llegado al momento de retirarse y pasó a la habitación contigua. Noblet permaneció sentado, procurando dominar el terror que sentía. Intentaba jugar con un lápiz, pero esto delataba el temblor de sus manos. Decidió no hacer nada y esperar. Escuchó atento los pasos de Fandor que poco a poco fueron haciéndose inaudibles y Noblet tuvo la sensación de hallarse completamente solo. Un escalofrío hizo temblar todo su cuerpo, le parecía que oía mil ruidos, pisadas, respiraciones contenidas, puertas que se abrían y cerraban, cuando no era más que efecto del pánico de que era presa. El reloj dejó oír once campanadas y un instante después se abrió la puerta grande del despacho y por ella aparecía Laurent, el contable. Noblet se sintió repentinamente aliviado del pesar que amenazaba ahogarle.

—¿Usted?—exclamó, y al fijar en él su mirada, observó algo extraño en la expresión del hombre que durante años había sido su fiel ayudante.

Si Pierre de Charras hubiese estado junto a Noblet le habría dicho que aquella misma expresión del contable era la que él

había notado en su madre, al regresar después de dos meses de ausencia. El pánico se apoderó nuevamente del comerciante.

—¿Usted no es Fantomas, verdad?

—Vengo a por el dinero—contestó rudamente Laurent.

—Pero hombre, Laurent, por favor, no he tenido tiempo.

El contable no le hizo el menor caso y se dirigió a la caja de caudales cuya combinación conocía sobradamente. Con cautela y sin precipitaciones daba las vueltas necesarias a la llave. Noblet permanecía petrificado en su silla. Fandor, como no oía voces, seguía en su sitio esperando el momento oportuno para intervenir.

—Laurent, por favor, ¿cómo voy yo a reunir una suma semejante en tres días? ¿No me oye?—decía Noblet en voz tan baja que realmente se hacía difícil oírle.

La caja cedió fácilmente a las hábiles manos del contable, y éste empezó a sacar fajos de billetes que colocaba en un maletín que había traído a este objeto. En la parte exterior de la puerta por donde había penetrado Laurent estaba apostado otro cómplice de Fantomas. A medida que el antiguo empleado del comerciante de vinos iba sacando los billetes de la caja, la ira de este último subía de tono, y a pesar de las instrucciones de Fandor, no pudo menos que hacer uso del revólver y disparó contra Laurent. Este tiro fué la señal de alarma, precursor de la tragedia en puerta. El contable disparó cortemente contra su amo. Por una puerta entró Fandor, disparando a su vez y por la otra el cómplice que roció la estancia con gasolina, arrebató el maletín de las manos de Laurent y salió disparado con el dinero. Las llamas pronto prendieron en toda la habitación, entablándose reñida lucha entre el periodista y el contable. Noblet yacía sin vida sobre el suelo. De un certero tiro Fandor dejó muerto a Laurent, y como que el aire se hacía irrespirable, buscó una salida de aquel infierno. Las llamas habían cerrado todo paso. Fandor creyó por un momento que no le tocaría más remedio que perecer allí donde acababa de morir un estúpido criminal y un comerciante cuya avaricia no le había servido para nada más que para llegar a un trágico fin.

Fandor subió al piso superior, único sitio donde todavía no había llegado el fuego. Abrió una ventana y vió el Sena. Río salvador en aquel instante para un deportista valiente como era él. Sin vacilar un instante y con perfecto estilo, se lanzó al agua, logrando llegar a una escalinata nadando sosegadamente. Ya a salvo, miró la casa que seguía ardiendo y de cuyo fuego había escapado gracias a su valentía y serenidad. Pero Fantomas había triunfado, porque uno de sus cómplices se había apoderado de los millones de Noblet.

Mientras Fandor hacía estas reflexiones, empapado de agua hasta los huesos, el hombre que había huido con el maletín lo entregaba al doctor de Breval.

—¿Dónde ha quedado Laurent?—preguntó el médico.

—Ya no existe, ha perecido en casa de Noblet.

EL INSPECTOR JUVÉ

La comisaría hervía entre noticias, telefonazos, visitas y Fandor, que mojado como un pez se esforzaba en hacer creer a Juvé todo lo que le acababa de ocurrir. No le hacía mucho caso el policía, quien seguía dando órdenes a sus subordinados y fumando nerviosamente.

—Ponga el asunto del baúl ensangrentado, para revisión del Juez de Instrucción... ¿Cómo?—preguntó Juvé, dirigiéndose a Fandor—. ¿Por qué va a ser eso? No, no, no es suficiente motivo el que hayas tomado un baño frío para que atribuyas a Fantomas lo que le acaba de ocurrir a Noblet. Tú sabes que Fantomas no existe. Fantomas ha muerto, se suicidó...

—Sí, sí, eso mismo es lo que yo decía al pobre Noblet, y sin embargo, ahora el muerto es él.

—¿Habías tomado los números de los billetes que había en la caja?

—Sí, pero lo malo es que la nota la llevaba Noblet en el bolsillo y el fuego lo ha devorado todo.

—¡Bien! ¡Bien! Si en lugar de un periodista fueses uno de mis inspectores, ahora te encontrarías sin empleo.

—Lo lamento... no soy policía.

—Es verdad, ni lo mereces, querido amigo. Una cosa te diré: si es que Fantomas realmente existe, no nos queda más remedio que esperar a que se manifieste de otra manera.

—Esto es precisamente lo lamentable, que estamos dando golpes al aire, no sabemos a quién acusar y no se puede instruir sumario contra una persona, un ser, que en realidad no existe.

—Paciencia, amigo Fandor, paciencia; tengo bastante experiencia y no hay criminal que no caiga, por muy experto que sea.

En la mansión donde el doctor de Breval seguía realizando sus operaciones a las órdenes de Fantomas, para poder disponer de material humano sin voluntad, para que pudieran seguir realizando toda clase de fechorías, dejando bien a salvo a los inductores, había llegado una nueva víctima, Anselmo, un hombre relativamente joven, al que había secuestrado en la calle con los ardides propios de su maldad. Anselmo estaba en la sala de operaciones, el cabello bien recortado y sometido a unas emanaciones de alquitrán.

—¡Oh! ¡Qué mareo!—exclamaba el infeliz.

De Breval le observaba fijamente.

—¡Qué mareo! La brea huele, la brea huele tan fuerte... —decía medio desmayado.

—Tome nota—dijo el doctor a uno de sus ayudantes—. Prácticamente no hay reacciones al metileno cinco semanas después de la operación. Pueden retirar al paciente. Cuando vuelva en sí, en el coche de costumbre... en el parque.

—Doctor—dijo la secretaria que acababa de entrar—. El dinero ha sido enviado a América, vía Tánger.

—¿Hubo dificultades con el Banco?

—Ninguna, doctor.

—Gracias. Vistan al enfermo y pueden llevarlo a París, ¿han oído?

Los enfermeros retiraron a Anselmo, quien al día siguiente, sin saber cómo ni cuándo, se hallaba sentado en un banco, ante un parque de atracciones donde jugaba alegre la chiquillería. Anselmo los contemplaba con aspecto idiotizado. Los gritos de los niños irritaban sus nervios. El mismo no se daba cuenta de lo que le ocurría. ¿Por qué estaba allí? ¿Qué le había pasado durante un plazo de horas que no podía determinar? Una niña de unos diez años, que jugaba al escondite con los demás, tropezó con las piernas de Anselmo y cayó. El la ayudó a levantar de mala gana. Al tener entre sus manazas los bracitos de la pequeña sintió horribles tentaciones de estrangularla. Pudo más su buen sentido y la apartó de sí con un empujón. Al otro lado del tióvivó había la barraca de una adivinadora. Era una mujer rubia, que había sido bella e intentaba ocultar su edad bajo una capa de pintura, rubia peluca, cubierto el busto de collares, a semejanza de una princesa india. Sobre su tienda se leía:

MADAME MAYA
Adivina el porvenir

Madame Maya había visto cómo Anselmo arrojaba de sí a la niña y creyó tener cerca de ella una interesante aventura. Se acercó lentamente, como lo hubiese hecho una bayadera procedente del palacio de un magnate indio, y le habló al oído. Anselmo levantó la cabeza con aire estúpido.

—Joven, ¿no siente usted un poco de curiosidad?—preguntó melosa la adivina.

Por toda contestación le dio otra de sus miradas sin sentido.

—Puedo revelarle su porvenir... Madame Maya lo sabe todo... lo ve todo... descubre todo... Puede confiar en ella... venga, joven...

Madame Maya cogió la mano de Anselmo, obligándole a levantarse de su asiento. Puesto en pie, no le fué difícil hacerle seguir.

—Déjese guiar por la mano del destino, joven—y mientras decía estas palabras le conducía hasta su barraca cubierta de mugrientas cortinas para dar la impresión de cámara oriental.

No habrían transcurrido más de diez minutos cuando Anselmo salió de la barraca de Madame Maya, huyendo despavorido.

Su actitud llamó la atención de un policía que paseaba por el parque y después de detenerle, le preguntó de dónde procedía. Anselmo miró hacia la barraca. Aparecieron otros policías y penetraron en el local de la adivinadora. Tendido en el suelo, estrangulada por las manotas de Anselmo, se encontraba la infeliz Madame Maya, que había vislumbrado una galante aventura en aquel hombre estúpido que estaba sentado en un banco.

Los periódicos comentaban con ágricos artículos los crímenes que se sucedían a diario y cuyos autores quedaban impunes.

En un coche del metro, a la hora en que termina el trabajo toda clase de personal, no cabía un pasajero más. La aglomeración casi que no permitía respirar. De pronto cayó un hombre al suelo. Pareció estar desmayado. Al llegar a una estación, entre varios le sacaron al andén, donde pronto le rodeó la multitud. Un solo policía se hallaba presente e intentaba imponer orden.

—¡Calma! ¡Calma! ¡Mucha calma... no nos ofusquemos, avisen a otro guardia!

—No es necesario, éste ya está arreglado—dijo un obrero de los que había ayudado a sacar a la víctima del coche.

—Este es el primer trabajo que han realizado en el metro—observó otro obrero.

—Joven, no son momentos para bromear... la víctima ha muerto—dijo el policía.

—¡Que Dios acoja su alma!—murmuró un sacerdote de entre el grupo.

—Fandor tiene razón... esto es otro golpe de Fantomas—comentó otro del público.

—Si va usted a creer todo lo que dice en su periódico...—comentó el policía incrédulamente.

—Desde principios de semana se han cometido tres asesinatos—dijo el que había nombrado a Fandor.

—Pues claro que es cosa de Fantomas—asintió una mujer. La llegada de varios guardias puso en movimiento al público.

—Vamos, vamos, circulen; no entorpezcan el paso, aquí no tienen ustedes nada que hacer—decía un guardia—. No permiten que la víctima respire...

—¿Si ya no puede respirar la víctima! ¡Esto es lo lamentable!—dijo un obrero.

—Sí; ahora mucha severidad, cuando ya no sirve de nada—dijo la mujer.

—No son capaces de nada y menos de cumplir con su deber—comentó un hombre.

—Dejan que nos asesinen...

—Y cuando ya están muertos, todo lo que saben decirnos es que circulemos...

—Para luego sólo detener a algún pobre inocente...

Estos comentarios del público daban idea de la indignación que el público sentía por los crímenes, a cuál más odioso, que se sucedían todos los días.

Pocas horas después, en la jefatura de policía, el inspector Juvé sometía a interrogatorio a Anselmo.

—¿Tú tampoco, como es de suponer, te acordarás de nada? Sin embargo, admitirás que has estrangulado a la echadora de cartas...

—Puesto que usted lo dice—replicó el idiotizado Anselmo.

—¿Esto es cuanto se te ocurre responder? ¿Quieres burlarte de mí?

Un subordinado de Juvé se hallaba presente.

—¿Y si lo sometiéramos al sistema de bofetadas? Es ideal para hacer recobrar la memoria. No falla nunca.

—No, Martín—dijo Juvé—, espere un poco.

Anselmo se encontraba sentado entre dos individuos más, cuyo aspecto tenían algo de común. Los tres parecían faltados de algún sentido.

—¡Vamos a ver lo que ocurrió!—dijo Juvé—. Está demostrado que estos tres individuos hasta hace muy poco eran ciudadanos honrados. Verdaderos burgueses. Luego desaparecen sin

motivo ni explicación alguna y los encontramos unas semanas más tarde convertidos en tres terribles asesinos.

Uno de los tres detenidos que tenía aspecto de pequeño rentista, se indignó al escuchar las palabras del inspector.

—No, no, eso no es verdad; yo no he matado a nadie—exclamó.

—Entonces, el señor Dubrell, agente de cambio y bolsa, ¿ha muerto de reumatismo?—insistió Juvé.

—Yo no conocía a aquel hombre—contestó el rentista.

—Tienes razón; entonces, ¿por qué le has estrangulado?

—No lo sé—dijo el rentista, encogiéndose de hombros.

—Pues yo estoy seguro de que apretándole un poquito cantaré toda la verdad—dijo el agente Martín.

—No, Martín, de ninguna manera—objetó Juvé—; ya sabe usted que no me gustan esos métodos.

Fandor penetró en la sala donde se estaba examinando a los detenidos. Al verle entrar, Juvé le saludó cordialmente.

—Te he mandado llamar para que me des tu opinión sobre estos clientes—dijo el inspector.

El periodista los miró detenidamente.

—Tienen el mismo aspecto del contable Laurent, de casa Noblet, en la noche que fué a robar a casa de su amo—dijo Fandor— Tienen el mismo aire.

—También él desapareció durante un mes para regresar y asesinar a su patrón.

Otro agente interrogó a Juvé:

—¿Qué tenemos que hacer con ellos, señor inspector?

—Lléveselos a la enfermería especial de la prisión, que los examinen cuidadosamente, porque necesito conocer el resultado inmediatamente.

Se ordenó a los detenidos que se levantaran, lo que hicieron mecánicamente, y sin protesta de ninguna clase siguieron al agente Louvet.

El agente Martín estaba indignado.

—No basta con que maten a las gentes, como premio a ello hemos de cuidarlos y hacerlos examinar. Vamos, llévenselos, ale.



— La sala de operaciones donde de Breval preparaba sus víctimas.



— Es inútil, François, hace muchos años que nos conocemos, en seguida vendría el aburrimiento y la vida resultaría imposible.



—Sin embargo, admitirás que has estrangulado a la echadura de cartas...



Se hicieron cargo de la detenida unos agentes que se cuidaron de devolverla a París para ingresarla en la cárcel.



Juvé se acercó al herido sujetándole la cabeza mientras con la mirada interrogaba a Fandor.



—Hasta luego, y cambia la bombilla de esa lámpara que a la señora de Charras se le cansa la vista.



Fantomas dirigiendo personalmente un atraco.



El final de Fantomas se acerca. Los secuestrados recobran su libertad.



—Si alguien se ha enamorado de mí, sería mejor que me lo dijera antes que recurrir a estos métodos.



Los secuestrados salían de su encierro como gentes resucitadas.



Fantomas decide escapar.



De Beval daba órdenes a las gentes para que huyeran.



De Breval lucha encarni-
zadamente con una de sus
víctimas.



El claustro por donde
huye Fantomas en dura
lucha con sus perseguido-
res.



La piscina de ácido sulfúrico, donde Fantomas halló al fin la muerte que le correspondía.



El último reducto de un perverso criminal.

de prisa—dijo Martín, furioso, cerrando la puerta por donde habían salido los tres asesinos.

—¿Fandor, estás seguro de que tienen el mismo aire de Laurent?—interrogó Juvé.

—En absoluto, incluso encuentro que se parecen.

—Entonces, hay que pedir la exhumación de su cadáver—dijo resuelto el inspector—. Dame fuego, por favor.

Fandor le ofreció su encendedor y el policía encendió el cigarro.

LA CIENCIA AL SERVICIO DE LA POLICIA

Los últimos crímenes habían sido tan repugnantes como escandalosos y la policía no podía mirar esta cuestión con indiferencia. Juvé se había hecho cuestión personal el descubrir al autor de semejantes atropellos, y ayudado por el infatigable Fandor, seguían todas las pistas posibles y hasta las inverosímiles.

Al día siguiente los dos se dirigieron a uno de los cementerios de los alrededores de París, donde habiendo exhumado el cadáver de Laurent, un doctor lo examinaría detenidamente para ver si este estudio podía conducirles a alguna pista segura.

Fandor y Juvé se paseaban por los caminitos que marcaban las tumbas, esperando a que el médico forense les llamara para dar su informe. Al poco rato fueron invitados a pasar al depósito, donde encontraron al doctor que ya daba por terminada su tarea.

—Inspector Juvé—dijo el médico—, no hay duda posible. El señor Laurent fué trepanado de la misma manera, y probablemente por el mismo cirujano, que trepanó a los tres asesinos que tienen ustedes detenidos.

—¡Horrible!—exclamó Fandor.

—¡Es inaudito!—dijo Juvé.

—¿Entonces, doctor, qué?—inquirió el periodista.

—Es así, señor Fandor, y no hay en toda Francia más que media docena de médicos capaces de realizar semejante operación... y como puede usted suponer están por encima de toda sospecha.

—De manera que no es posible encontrar a la eminencia que se dedica a trepar cráneos para operar a individuos con el solo objeto de hacerles perder la voluntad y convertirlos en peligrosos criminales—dijo Juvé.

—Sin embargo...—insinuó Fandor, siendo interrumpido por el inspector.

—Naturalmente, doctor, usted ha hecho cuanto ha podido y su información es valiosa. Muchas gracias, doctor, ya le hemos molestado bastante.

—En absoluto, señor inspector, ya sabe usted que mi pobre ciencia está gustosa a su servicio.

—Muy amable, doctor, buenos días.

—Buenos días—dijo Fandor despidiéndose efusivamente del médico.

Salieron el policía y el periodista del depósito, cuya atmósfera era más que desagradable, y echaron a andar por la avenida central del cementerio en la que se veían los más ostentosos panteones.

—Ven conmigo, Fandor, que ahora vamos a trabajar de verdad.

—¿Sí?—preguntó Fandor más interesado que nunca.

—Te explicaré. Hay veces que legalmente no se consigue nada y se puede llegar a sospechar de gente muy honorable, pero es un método que sólo acarrea disgustos y molestias a gente buena. El sistema consiste en estar alerta y sorprender a los culpables con las manos en la masa, sospechando de todo el mundo y aun así...

—Quedan los periódicos para dar el alerta...

—Sí, es posible, pero existe también otro método. Dame una cerilla, Fandor—, dijo el policía sacando un cigarro.

—¡Hombre!

—¡Ah! ¿Es que no se puede fumar en los cementerios? ¿Les molesta el humo a los cadáveres? En fin, no fumaré.

—¿Qué estaba diciendo?

—Pues decía que hay ciertos asesinatos cometidos por locos... con los cuales no hay nada a hacer. Los crímenes de esa clase no pueden prevenirse, pero existe también el «chantaje» y todos conocemos a las víctimas que hasta ahora han sido los comerciantes dedicados al mercado negro, el último de ellos, tu amigo Noblet. Por medio de esos comerciantes podemos llegar fácilmente hasta dar con los asesinos; podemos llegar también hasta los que manejan los hilos de estas marionetas como Laurent, Anselmo y los otros que tenemos detenidos, y de otros muchos que deben andar sueltos.

—Podemos llegar hasta Fantomas...

—Fantomas u otro, ¡que más da!

—Comprendo.

—Pero si yo, como policía, convoco a esos comerciantes, se escamarán; creerán que nos queremos introducir en sus enormes ganancias...

—Y deseas que sea yo quien los convoque, ¿no?

—No eres torpe, Fandor, comprendes en seguida.

—De acuerdo, reuniré a los reyes del mercado negro, que hasta la fecha han sido los más castigados por Fantomas, y les diré que el inspector Juvé está dispuesto a protegerles contra nuevos crímenes.

—Entendido.

Los dos amigos habían ya traspuesto el portal grande del cementerio y se encontraban en una de esas calles de los arrabales, que nada tenía de hermosa. Fandor sacó la caja de cerillas y la ofreció al policía.

—Gracias, Fandor, eres un hombre inteligente.

LA HUERFANA

A Fandor, que tenía buena amistad con todo París, le costó muy poco convencer a los ases del mercado negro, que se reunieran con él en amistosa comida, para tratar de un asunto que les interesaba más que sus negocios, sus vidas.

En un restaurante lujoso y de poco movimiento se encontraron Korkos, Vogel, Higgins, D'Ostoya, Kober, algún otro y Fandor. Este había explicado a Korkos el verdadero motivo de aquella reunión, o sea descubrir al criminal que tras robarles los millones, les asesinaba.

La comida transcurrió alegremente y al llegar el café, Korkos tomó la palabra para enterar a sus amigos. Antes dió instrucciones al camarero.

—Deja aquí los licores y más café, Gastón, y procura que nadie entre a molestarnos.

—Muy bien, señor—contestó el camarero respetuosamente, a pesar de sentir el más grande desprecio por aquel grupo de nuevos ricos.

—Señores—dijo Korkos—, todos nosotros sabemos la amenaza que pesa sobre nuestras cabezas, y ha llegado el momento de pensar en protegernos. El señor Fandor, cuyas aficiones detectivescas son casi tan importantes como las suyas de periodista, gracias a su buena amistad con el inspector señor Juvé, ha creído oportuno que celebráramos esta reunión, advirtiéndome que el referido inspector, pasando por alto la parte de nuestras actividades que podría interesarle también vivamente, por la ley que existe de represión de fraudes o exceso de ganancias, ha ofrecido protegernos contra Fantomas.

Todos los comensales alargaron sus semblantes. A ninguno le gustaba oír pronunciar aquel nombre.

—Todos sabemos—continuó Korkos— que en pocos meses nos han sido sustraídos sesenta y siete millones y cuatro de nuestros buenos amigos han perecido misteriosamente o han desaparecido...

—Indudablemente, la situación es, trágica—observó Vogel.

—Es indispensable acabar con esto—dijo Kober.

—¿Con qué?—preguntó Higgins, algo desplutado—. Vender a precios bajos es perder tiempo.

—Pues yo creo que hay que volver a la legalidad cuanto antes—insinuó D'Ostoya.

—En esto no estamos de acuerdo—dijo Korkos—, y no hemos venido aquí a discutir precios ni negocios, sino a buscar protección, y ya que el Inspector Juvé nos la ofrece, prescindiendo de nuestros negocios, creo que es conveniente confiar en el Inspector.

—Un momento—dijo Kober—, ¿qué interés puede tener en todo esto el señor Juvé?

—Su dignidad profesional—repuso rápido Korkos—. Juvé es desinteresado, lo sabe todo París.

La amenaza de Fantomas era tan terrible, los millones robados y las víctimas caídas eran hechos tan positivos, que ninguno de los presentes podía tomar el asunto a broma y convenía aceptar la protección de donde viniera, aunque a la larga sus negocios salieran perjudicados. Se pusieron de acuerdo al fin y se convocó otra reunión en casa de Vogel a la que asistiría Juvé.

Al día siguiente se encontraron de nuevo los comerciantes, y entre ellos estaba el inspector y Fandor, como se puede suponer. El policía fué el primero en hablar.

—Señores, ustedes bien saben que mi obligación consiste en detener a ladrones, asesinos y toda clase de delincuentes. Ustedes pueden darme la oportunidad de cazar una buena presa.

—Que para usted puede representar la gloria—dijo Higgins.

—Si usted lo quiere presentar así—dijo el policía, sonriendo.

—Yo he prometido al inspector Juvé—insinuó Korkos—que

de salir triunfante, estábamos dispuestos a tener un gesto... y él no quiere ni oír hablar de semejante cosa.

—Ya le he dicho, señor Korkos, que no insista sobre este punto. Pasemos a lo que realmente nos ocupa. Sospecho que alguno de ustedes debe haber tenido noticias de nuestro gran enemigo...

—De Fantomas—dijo Higgins.

—Llámenle como quieran ustedes—observó el policía.

De entre todos los presentes, Vogel fue quien se mostró más sombrío, y sacando una carta del bolsillo la entregó al inspector.

Leyó el policía el contenido de la misiva y extendiendo las manos hacia los que le rodeaban exclamó:

—Oigan ustedes, señores; Vogel se ve invitado a entregar mañana mismo quince millones de francos, bajo la amenaza de costumbre.

Fandor se llevó las manos a la cabeza.

—¿En qué estás pensando, Fandor?—preguntó el policía.

—En que se trata de una bonita suma, para quien, como yo, no puede ir a pasar ocho días de vacaciones en Bretaña.

—Señores—siguió diciendo Juvé—, habrá que entregar esta cantidad.

—¿Cómo?—exclamó Vogel.

—Espero que será por última vez; pero hay que hacer llegar hasta ustedes, hasta mí, a la persona que se presente a cobrarlos, y por este medio dar con el verdadero culpable.

Vogel estaba lívido y poco menos sus amigos.

—Reúnan esta suma entre todos y luego ya se arreglarán. La tranquilidad y la seguridad bien valen un sacrificio. Pónganse de acuerdo. El aviso es para mañana por la mañana. Estaré allí con mis hombres bien distribuidos dentro y fuera de la casa. Les aseguro que esta vez no se nos escapará el que venga a cobrar. Nada de disparar. Se entrega el dinero a quien sea y yo me encargo de todo lo demás.

A primera hora de la mañana los amigos de Vogel, que no habían querido negarle su ayuda, se presentaron en su oficina

con la cantidad estipulada para cada uno, hasta reunir los quince millones.

—... y cincuenta mil, que hacen mi aportación de tres millones — decía D'Ostoya, desprendiéndose tristemente de sus dineros.

—Aquí está el recibo—dijo Korkos—; en él consta su participación activa en nuestra posición defensiva. Gracias, D'Ostoya. «Uno para todos y todos para uno», como los mosqueteros.

—Están reunidos los quince millones—dijo Vogel, quien en una noche parecía haber envejecido dos lustros, mientras encerraba el capital en la caja.

Salieron los comerciantes del despacho, dejando solo a Vogel, mientras ellos se distribuían por otras dependencias desde donde podían ver quién entraba y salía. La policía tenía bien vigiladas todas las entradas y salidas del almacén, así como las calles más próximas.

Los minutos transcurrían pausadamente. Gruesas gotas de sudor caían de la frente de Vogel, a pesar de que la temperatura distaba mucho de ser calurosa.

Una secretaria llamó a la puerta del despacho.

—¡Adelante!

Entró la joven con una tarjeta en la mano, que ofreció al señor Vogel.

—Esta persona quiere ser recibida con urgencia—dijo la empleada.

Vogel leyó las pocas líneas escritas, aguantando el papel con una mano temblorosa. Vaciló un instante. Se rehizo y murmuró en voz baja:

—Bien, cuando yo pulse el timbre, hágala usted pasar.

Salió la secretaria, Vogel se sentó ante su mesa y adoptó una actitud como si estuviera trabajando. Hizo sonar el timbre. Un instante después la secretaria abrió la puerta y penetraba en la estancia una jovencita que no aparentaba tener más allá de quince años. Era rubia, llevaba el pelo sujeto en dos largas trenzas que pendían a ambos lados de su semblante, contrastando con el color pardusco de una gabardina de corte masculino.

Debajo de la gabardina aparecía un traje negro como de colegiala y un sombrerito negro, también, coronaba su bonita cara. No obstante, la expresión de la muchacha acusaba falta de inteligencia y voluntad, como Laurent, Anselmo y los otros criminales que habían sido capturados. Vista aquella niña en la calle, todo el mundo habría supuesto que se trataba de una pobre huérfana que salía o se dirigía a la escuela. En la mano izquierda llevaba una cartera bastante grande. La sorpresa de Vogel no pudo ser más enorme, como también la de sus amigos, que escondidos en un extremo del almacén la habían visto entrar.

Se paró la chica a los dos pasos y fijó su mirada en Vogel.

—¡El dinero!—dijo, sin más preámbulo, en la misma forma que Laurent lo había exigido a Noblet.

—Pero, ¿es posible? ¿A su edad? ¿No comprende que acabará en el patíbulo? Jovencita...

—¡El dinero, pronto!

El tono de la muchacha era un poco más enérgico, y a Vogel no le cupo la menor duda de que en el bolsillo derecho de la gabardina se ocultaba un revólver. Había que seguir las órdenes del inspector Juvé. Se levantó el comerciante de frutas de su asiento y con paso lento llegó hasta la caja de caudales. La abrió y con sus propias manos fué entregando los fajos de billetes a la joven criminal.

Higgins, Kober, Korkos y los demás que desde su puesto de observación podían seguir perfectamente todos los movimientos de Vogel, no salían de su asombro.

—¡No creo que vaya a entregar nuestros millones a esa muchacha!—exclamó Higgins en voz baja.

—Sería una inmoralidad—observó Kober.

—Es preciso hacer algo—indicó D'Ostoya.

—Nada, nada, amigos... acuérdense de nuestra promesa y de las instrucciones de Juvé—dijo Korkos.

—Le ha entregado todo el dinero—dijo Kober, que no había apartado los ojos de Vogel y la muchacha...

—No importa—contestó riendo Higgins—; estos millones no

representan nada para Vogel, aumenta las mandarinas en un franco y le sale de balde.

—De todos modos, se merma la ganancia—repuso D'Ostoya, que también era un buen comerciante.

Vogel había sacado todos los billetes que de fajo en fajo habían pasado a la cartera de la niña.

—... y cincuenta mil que hacen los quince millones—dijo al dar el último paquete.

La joven permanecía inmutable. Cuando ya tuvo todo el dinero, cerró bien la cartera y sin proferir palabra salió en la misma forma silenciosa que había entrado.

Todos los comerciantes corrieron al despacho de Vogel. Este, desplomado en su butaca, exclamó:

—Bueno, esperemos ahora que el inspector Juvé se muestre digno de nuestra confianza.

—Hay que seguir a la muchacha—propuso uno.

—Sí, a la calle todos.

—Sin precipitarse ni llamar la atención. Dividámonos en diferentes grupos. ¡Vamos!—dijo Korkos, que era quien tenía instrucciones concretas de Juvé.

Cuando la joven se encontró en la calle, no adelantó el paso ni se precipitó en modo alguno. Continuó calle abajo entre los demás transeúntes como hubiese hecho la más inocente estudiante. La policía la seguía bien distribuida, así como los comerciantes, y pronto se dieron cuenta de que emprendía el camino de la estación. Cuando llegó allí tomó billete, haciendo lo mismo todos los que la seguían y pasaron al andén, lleno de gente. La joven subió al tren con toda calma, miró distintos departamentos y por fin se acomodó en uno de primera, donde pudo sentarse junto a la ventanilla, su primordial preocupación. Dos de los comerciantes pudieron también introducirse en aquel mismo vagón. Todavía estaba el tren parado que pasó el mozo del vagón restaurante anunciando la primera serie. La joven no se movió. Uno de los comerciantes hizo una seña al otro, indicando que pasaría al comedor, y mientras el otro la vigilara.

El tren se puso en marcha y todo parecía normal. En un

departamento contiguo viajaba la policía con un aparato de radio para transmitir avisos en caso necesario. Higgs estaba con la policía.

La velocidad del tren iba en aumento y en el espacio volaba un avión. La muchacha pareció interesarse repentinamente por el paisaje. No apartaba la vista de la ventanilla. En la fina carretera que serpenteaba cerca de la línea del ferrocarril, a una profundidad de más de veinte metros, aparecía un auto parado. Al verlo la joven, abrió la ventanilla y tiró la cartera que contenía el dinero. Esto dió al traste con toda prudencia. El comerciante que había permanecido en el vagón se abalanzó contra la joven, sujetándola en su asiento sin contemplaciones.

—¡Juvé! ¡Juvé! ¿Dónde está Juvé?—gritaba.

Comparecieron unos agentes a los gritos de aquel hombre y se hicieron cargo de la chica.

Mientras tanto la policía, entre los que se hallaba Juvé, en el departamento contiguo, daban órdenes por radio:

—Aquí, inspector Juvé, viajando en ferrocarril, línea 102, tomen nota, salgan y detengan inmediatamente coche Citroën negro que parte dirección norte cruce carretera nacional número 19... repito...

El inspector repitió nuevamente el parte y cumplida esta misión esperaron llegar a la próxima estación para descender del tren con su prisionera. El avión que había estado volando junto al ferrocarril no era del todo ajeno al asunto. Iba pilotado por Fandor, y éste había podido observar la maleta que se había arrojado desde la ventanilla y había emprendido la persecución del auto: cuando repentinamente apareció otro coche en el camino. Un movimiento rápido y difícil de vislumbrar desde el avión condujo a un cambio de pasajeros y botín. Fandor, desde su puesto en el avión, comunicó por radio con Juvé.

—Señor inspector, aquí Fandor, sigo el coche...

—Bien, Fandor, ¿qué ocurre?

—Creo que ya tenemos el coche.

Los comerciantes rodeaban a Juvé en el apretujado vagón de ferrocarril.

—Señores, hay que saber esperar, ése es el secreto. ¿Tienen fuego?

Todos los encendedores fueron ofrecidos a Juvé, quien encendió su primer cigarro desde que habían montado en el tren.

Fandor comunicó de nuevo con Juvé.

—Localizado el pueblo, oiga, oiga, aquí Fandor, continúo...

Una nueva llamada puso en juego toda clase de dudas. Procedía del coche de la policía que había salido a perseguir el Citroën a la indicación de Juvé.

—Inspector Juvé, anote: aparecieron dos coches en la carretera, no hubo más remedio que seguir a los dos. Uno acaba de detenerse en Muriel, repito: Muriel... Perdimos la pista del segundo coche en el bosque de Firminy, cruce carretera nacional número 7 y gran comunicación número 19, repito... y espero órdenes.

La radio no paraba un solo instante.

—Aquí Fandor, aterricé en el aeródromo de Buire. Espéreme en la carretera nacional número 7 y gran comunicación número 19.

Por fin el tren hizo alto en una estación, se apearon policías, comerciantes y la detenida, haciéndose cargo de ella unos agentes que se cuidaron de devolverla a París para ingresarla en la cárcel.

—Les aconsejo a ustedes que regresen también a París—dijo Juvé a Korkos—, ahora es preferible que me dejen solo mientras me reúno con Fandor. Ya han tomado ustedes parte en este primer acto del misterio a descubrir, que no ha dejado de ser interesante, y ahora ténganme ustedes confianza, Rochas, vaya a la comisaría de este pueblo y que le entreguen un coche. Aprisa.

De buena gana se hubiesen quedado todos para acompañar a Juvé en el resto de la jornada, pero se hicieron cargo de que su presencia más bien podía perturbar que ayudar. Llegó Rochas con un auto a los pocos minutos, montó en él Juvé y saludando a sus amigos, partió hacia la carretera nacional número 7, donde esperaba encontrar ya a Fandor. Este no había sido tan afor-

tunado en encontrar coche, y cuando solicitó uno a la jefatura de Buire, sólo pudieron ofrecerle un jeep.

—Lo prefiero, es un vehículo que me es altamente simpático.

Sin perder tiempo, el periodista emprendió el camino hacia el punto determinado, y después de recorrer varios kilómetros encontró a un aldeano que conducía un carro. Se apeó Fandor para interrogar al cazarro a fin de orientarse.

—Digame, buen hombre, ¿el próximo pueblo está muy lejos?

El hombre se rascó la cabeza, cambió el látigo de mano y mirando en toda dirección, dijo:

—¿Lejos? Ni muy lejos, ni muy cerca... pero más bien lejos, a unos veintidós kilómetros...

—¿Qué? ¡Veintidós kilómetros! ¡Casi nada!

—Hay un bosque y atravesando el bosque, el castillo... pero el castillo no puede verse desde la carretera.

—¿Está habitado?

—Parece que sí.

—¿Están enterrados vivos?

—Sí a esa gente les gusta vivir allí...

El campesino parecía impacientarse levemente ante las seguidas preguntas del periodista, e hizo un movimiento como para ponerse en marcha, así como el animal y el carro. Fandor insistió:

—¿Conoce usted a los moradores del castillo?

—Pues... no mucho. Son algo extraños.

—¡Extraños! ¿Desde qué punto de vista?—interrogó Fandor, interesado.

—¡Qué preguntas tienen ustedes! Le digo que son extraños, ya basta.

Parecía inútil interrogar más; pero Fandor todavía no se daba por vencido:

—¿Está lejos el castillo?

—Ni lejos, ni cerca... Se va por allí, entre por el tercer camino a la derecha.

—Gracias—dijo Fandor, dando la entrevista por felizmente terminada.

Montó nuevamente en el jeep y aunque un poco receloso por la extraña actitud del campesino, siguió las indicaciones que le había dado y a los pocos kilómetros le pareció más bien adivinar que ver la presencia de un edificio, lo que decidió a abandonar su jeep y explorar el terreno. El bosque era magnífico; una espesura de árboles que no dejaba penetrar los rayos del sol y por el momento aparecía despoblado. No hubo andado mucho tiempo cuando apareció ante Fandor una verja de hierro muy alta, única abertura de un muro tan alto como la reja. Miró si había alguna campana para llamar y al no encontrar el menor rastro de campana o timbre con que anunciar su llegada a los mordores del castillo, optó por escalar la pared, situándose al interior del parque con el fin de averiguar qué se ocultaba en aquella solitaria mansión.

La hojarasca crujió bajo las pisadas de Fandor, siendo ésta el único ruido audible en aquel viejo parque que hacía pensar a uno en más de un siglo atrás. No podía decirse que estuviera abandonado del todo, pero tampoco estaba demasiado bien cuidado. El periodista seguía adelante por una avenida amplia, bordeada de árboles centenarios, que sin duda le conduciría a la escalinata del castillo. A lo menos, esto era lo que creía Fandor. Dió unos pasos hacia adelante y a su izquierda divisó un estanque. Salió de la avenida para examinar el pequeño lago cuando le sorprendió oír hablar. No pudo menos que sobresaltarse, pero procuró calmar sus nervios.

—Buenas tardes, joven...—dijo una voz cascada, sin duda de mujer.

El periodista miró a su alrededor y no vió a nadie. Miró hacia atrás y allí, sentada debajo un enorme árbol, se hallaba una anciana de porte distinguido, que era la figura adecuada para habitar aquel lugar.

Tranquilizado, en parte, ante la viejecita, Fandor pensó que lo mejor era pedir excusas.

—Tiene que perdonarme, señora.

—¿Pero de qué, Dios mío? En vez de perdonarle, le felicito. La curiosidad es tan rara en estos días... la gente pasa, sin detenerse jamás, tiene poco tiempo; llevan prisa los imbéciles. Caballero, gracias por haber venido.

La anciana se había levantado de su silla.

—El objeto de mi visita...—dijo Fandor.

—No me lo diga, no me hace falta oírlo, lo sé, soy muy lista...

—¿Lo sabe usted?

—Pues claro, hijo... no es difícil comprenderlo. Mi colección de cuadros es única en el mundo.

—¿Su colección?

—La heredé de mis antepasados, desde los Plantagineses, Clonnet, Lafour, Ingres hasta Picasso. Este pintó mi retrato no hace mucho, estaba más sorprendente que parecida, pero el arte lo disculpa todo, hasta la locura de los pintores...

—Usted perdone, señora; pero me parece que no me quedará a ver su colección...

—¿Por qué se marcha tan pronto? ¿Le da miedo una pobre vieja inofensiva? ¿Una viejecita enamorada del arte y de los artistas? Está muy bien. Así nunca podrá comprender la pintura este gran imbécil...

Durante esta conversación la anciana había ido andando seguida de Fandor y habían llegado al castillo, lugar oscuro y tenebroso, que no invitaba a entrar; pero Fandor se encontró empujado hacia dentro en absoluta obscuridad. Sostuvo una lucha con alguien que intentaba atropellarle y por fin unos brazos fuertes le levantaron en vilo y pronto se encontró estirado en una mesa de operaciones. Sin ni tan sólo poderlo sospechar, porque Fandor se había enterado y creído que el doctor Breval se había suicidado, abrió los ojos para ver ante sí la siniestra figura del médico envuelto en su bata blanca.

En el sitio en que Fandor había abandonado su coche apareció un hombre extremadamente alto que se posesionó del jeep, lo puso en marcha y siguió la ruta del bosque que el periodista había recorrido a pie.

—No comprendo qué es lo que quiero obligarme a decir—gritaba el infeliz Fandor, completamente indefenso—. El asunto es mucho menos complicado de lo que usted se imagina, vuelvo a repetírselo..., viajaba en un jeep, tuvo una avería, un simple accidente de automóvil.

—Eso es mentira—gritaba De Breval—. ¿En busca de un médico se le ocurrió saltar el muro? ¿Por qué no ha llamado al timbre? Usted intentaba esconderse en mi casa... ¿por qué?

—Por nada, ya le he contado todo lo que podía, le he dicho la verdad.

—Eso vamos a verlo—dijo De Breval, sujetando fuertemente al periodista a la mesa de operar.

—¡Déjeme! ¡Suélteme! ¡Le digo que me suelte!

—Enfermero, aquí hay un joven que cree estar muy sano y sin embargo está enfermo, muy enfermo...

—¡Asesino! ¡Asesino!—gritaba Fandor con todas sus fuerzas, ignorando que nadie podía oírle y que nadie correría en su auxilio—. ¡Ya me las pagará todas algún día!

—Primeras manifestaciones de delirio—dijo el doctor, empleando un tono de voz profesional—. Empieza a comprender que su vida está amenazada.

Juvé, Martín y Rochas habían llegado en su coche al cruce de carreteras que les había indicado Fandor en su último mensaje desde el aeródromo, y allí no había coche ni periodista ni nada.

—No comprendo esta tardanza—dijo Juvé, empezando a preocuparse—; debería estar aquí hace rato.

—¿Qué hacemos?—preguntó Martín a su jefe.

—Vea, aquí se ve perfectamente la huella de unos neumáticos, el ancho de vía no es de coche normal. Vamos a ver dónde nos llevan—dijo Juvé.

Montaron los policías nuevamente en el coche y siguieron la huella de aquellas ruedas que les condujeron a la famosa verja. Desde allí se oían los gritos de Fandor.

—No hay que perder tiempo—dijo Juvé, y los tres hombres

escalaron el muro en la misma forma que lo había hecho el periodista.

De Breval seguía atormentando a su víctima.

—¿Qué, te niegas a hablar? ¿Quién te ha enviado aquí?

—La Providencia—contestó Fandor, burlándose de su verdugo.

—Enfermero, una ampolla para este joven tan simpático, ¿siente usted miedo? ¿Le parece peligroso? Si vuelvo a sentirse sensible tendré que examinarle nuevamente, amiguito. Realmente es un idiota este buen mozo.

Juvé, Rochas y Martín habían recorrido la avenida que iba de la verja al castillo en pocos minutos, y antes de que nadie pudiera detenerles, guiados por las voces de Fandor, habían penetrado en la sala de operaciones.

—¡Cómo!—exclamó Juvé, al verse ante el doctor De Breval—. ¿Usted no es Fantomas?

El doctor creyó verse perdido al ser descubierto, pero conocía todos los secretos de su casa y la dejó a oscuras. Siguió un instante de confusión terrible, en que todos aquellos hombres se pegaban unos a otros sin saber si eran amigos o enemigos. Al encenderse de nuevo las luces, De Breval había desaparecido. En la sala sólo quedaban los policías y Fandor medio desmayado delirando.

—Inspector Juvé, estamos encerrados. Esto es una ratonera.

—La brea, hay olor a brea—decía el pobre Fandor, tendido en la mesa de operaciones. Inspector Juvé, se me han terminado las cerillas... debe usted detener al doctor, debe ocuparse de él, por él encontrará al otro...

—¡Maldición!—exclamó Juvé al ver en la difícil situación en que se hallaban él y sus hombres.

Gracias a la fuerza realmente extraordinaria de Rochas y Martín, lograron derribar una puerta y salir al corredor que conducía al vestíbulo. Allí encontraron a la viejecita que había estado hablando con Fandor.

—Perdonen ustedes si me he retrasado, hubo una avería en la luz y no pude atenderles. Cuánto les agradezco que me hagan

estas visitas, ahora mismo podrán visitar mi galería de pinturas, todos mis antepasados, desde los Plantaginenses...

—¿Es loca o una cómplice de De Breval?—preguntó Juvé.

—Dejémosla—dijo Fandor—, en realidad es una viejecita que tal vez ignoraba quién era su inquilino...

—O la bruja que ha apagado las luces...—dijo Martín, que era partidario de resolverlo todo por el procedimiento de las bofetadas.

LOS DOS FANTOMAS CARA A CARA

Cuando el doctor De Breval huía despavorido del castillo donde tantas víctimas había sacrificado, un coche le salió al paso y el auténtico Fantomas le invitó a subir.

—Bien, querido compañero... ¿ve usted como es muy arriesgado eso de hacerse pasar por otro? Sobre todo cuando ese otro soy yo... Todo el mundo le ha tomado a usted por Fantomas, pero conmigo no le vale y por lo tanto...

De Breval bajó la cabeza, estaba realmente cazado.

—Usted comprenderá, doctor, que ha de haber uno solo de verdad. Desprecio a los impostores, pero tranquilícese, respeto la ciencia y la sabiduría. Es usted un hombre afortunado y más todavía hoy por encontrarme en este estado de ánimo...

—Ya sé que puede usted matarme aquí mismo, como a un perro.

—Naturalmente; pero no es ésa mi intención, porque usted me hace falta, querido De Breval. Un hombre como usted, capaz de convencer a todo París con su suicidio, usted presentó aquel cadáver, que podríamos llamar estilizado, un maquillaje perfecto, el mismísimo doctor De Breval, convenciendo no solamente a la

policía, sino incluso a su adorada madame de Charras... Todos sus procedimientos, perfectos, afortunadamente para usted, dos veces le he salvado del apuro.

—No comprendo una palabra.

—La eterna ingratitud humana! Veamos, en el palacio de Barcy, cuando el atraco a Noblet, mientras usted se escapaba como un principiante, ¿quién se las entendía con Fandor? ¡Yo! Y hoy mismo...

—¿Pero cómo ha podido?

—¿Encontrarle a usted? Pues gracias a la ingenuidad de la policía que, algo increíble, aun tienen la candidez de transmitir mensajes radiofónicos sin clave. Realmente son muy amables.

—Y... ¿usted ha corrido en mi auxilio?

—Sí, porque usted voluntariamente se sirvió de mí y de mi prestigio y ahora voy a ser yo quien se sirva de usted.

—Estoy en sus manos.

—Confiese que es una cosa justa. No he creído ni por un solo momento que pensara usted negarse. Venga, mi querido maestro... deseo que vea sus nuevos dominios. Un lugar precioso y muy lejos del bosque donde la policía le anda buscando, creyendo que van a encontrarme a mí.

El coche que conducía Fantomas volaba por la carretera sin que ni uno ni otro proferiera palabra después de las amplias explicaciones que había dado el genio maléfico del crimen. No se podía calcular los kilómetros que habían recorrido, pero la distancia era mucha. Paró el coche ante una construcción muy grande, aislada en una gran extensión de terreno, y Fantomas se adelantó, seguido del doctor.

—Está muy lejos, fué sólo pensando en usted que adquirí este claustro abandonado. Por lo visto, durante la guerra, un sabio instaló aquí, según él, un laboratorio.

Los dos hombres penetraron en el edificio, que todavía conservaba un aire conventual. Arcos, claustros y amplias salas.

—No falta ni un detalle—siguió explicando Fantomas—; baje por esta escalera, doctor, así...

El descenso fué largo, interminable.

—Nos hallamos a cincuenta metros de profundidad, sin tener que temer gritos ni indiscreciones. ¿Ve usted? Puertas blindadas, escaleras en el muro, cerraduras auténticas... nada, un trabajo de artista. No me gusta inclinarme ante nadie, pero no hay más remedio. Es un sitio discreto, nunca lo he visto mejor, y aquí podremos trabajar tranquilamente.

—¿Trabajar?—preguntó curioso De Breval.

—Bien claro se lo estoy explicando. Usted continuará bajo mi protección la obra empezada sin orden e improvisaciones. Los sabios tienen siempre algo de bohemios, yo corregiré este defecto—decía Fantomas mientras mostraba aquellas misteriosas dependencias a su colega.

—¡Ah! Una cosa muy interesante—dijo al penetrar en el vasto patio rodeado de celdas con sus respectivas rejas, en el centro del cual se veía un cuadro, un palmo más bajo del nivel del resto de la nave—. Es muy útil. Estas manecillas permiten abrir el cuadro en el centro del hall, que es como una piscina... una piscina llena de ácido sulfúrico... sí, el sabio de quien le he hablado hacía desaparecer así los cadáveres de sus víctimas.

Mientras Fantomas hablaba hacia funcionar el mecanismo, y tal como había anunciado, se separaba el suelo del cuadro y se podía ver cómo hervía el ácido sulfúrico.

—¿Qué le parece? Una perfección y unos refinamientos completamente insospechados, mi querido De Breval. Vamos a otra dependencia. Tengo mis debilidades, ¿quién no las tiene? También tengo mis coqueterías y lo demuestra el hecho de que esta sala de operaciones...

Fantomas abrió una puerta y apareció un quirófano.

—... sea exactamente igual a la que tenía usted instalada en el castillo del bosque.

—¿Qué pretende usted, Fantomas?—interrogó el doctor.

—En este momento, nada. No cambiaré usted sus costumbres en absoluto, lo mismo que yo, es usted un genio. Sí, sí, debe admitirlo, nada de falsa modestia. Le proporcionaré los medios de poder trabajar y se verá libre de toda preocupación. Di-

nero, materias primas, material humano... dispondrá usted de todo...

—¿Y si me negara?

—No creo que tenga tan mal gusto. ¿Quién rechaza una existencia feliz cuando sabe que sólo le aguarda el presidio o la guillotina?

LA POLICIA TRABAJA ACTIVAMENTE

El inspector Juvé, sus dos agentes y Fandor habían salido del castillo con vida y la certeza de que el suicidio del doctor De Breval había sido una burla infame del doctor a todo el cuerpo policiaco de París, al juzgado y a las amistades del médico. Ahora ya no se buscaba solamente a Fantomas, había que agregar a la búsqueda la complicación que representaba la «resurrección» del galeno.

—Buenos días, señores—dijo Fandor, presentándose en la jefatura al día siguiente de su aventura—. ¿Todo va bien?

—Sí—contestó el agente Beaudoin—; Martín ha salido para interrogar al ama de llaves del doctor.

—Buena idea.

Mientras tenía lugar esta conversación en la comisaría, Martín saludaba ceremoniosamente a la que había sido ama de llaves de De Breval y que todavía continuaba en su sitio.

—Señora, ¿cuándo desapareció el doctor De Breval, estaba usted a su servicio?

—Sí, caballero.

—Soy agente de policía, no tema usted nada. ¿Recuerda usted detalladamente qué visitas solía recibir el doctor?

—Recibía a muchos amigos... era muy sociable, como se dice, todo París venía a esta casa.

—Nada más, señora, muchísimas gracias.

Todos los agentes habían regresado y depositaban ante Juvé la información obtenida. Faltaba alguna todavía.

—Loubet, telefona a Fontainebleau—dijo Juvé—, a ver si nos dicen algo...

—Oiga, oiga, ¿comisaría de Fontainebleau? ¿Tienen ya la respuesta para el inspector Juvé, asunto suicidio doctor De Breval? Sí, sí, diga, diga. Espere, tomo nota, hable. «Dictaminado suicidio por la declaración e identificación del cadáver por la señora de Chavas, ¿cómo? de Chanal...»

—De Charras—dijo Fandor, que escuchaba como todos los demás—, De Charras, con erre.

—Gracias, señor Fandor—dijo Loubet—, se hacía difícil entender por teléfono ese nombre.

—Inspector Juvé—dijo un agente—, ha llegado el especialista neurólogo que ha citado usted.

—Que pase inmediatamente.

Entró en la sala un hombre de poca estatura, de cuerpo delgado y mirada inteligente. El verdadero tipo de hombre de ciencia.

—Buenos días, doctor; permíame que le hayamos molestado—explicó Juvé—, pero ya está usted enterado de las pesquisas que estamos haciendo para encontrar a De Breval, a quien vimos ayer mismo ante nosotros y se nos escapó como el más experto ladrón o criminal.

—¿Qué es lo que ustedes desean saber?—preguntó el neurólogo.

—¿Usted le conocía?

—Sí; precisamente hará cosa de unos meses, en la sociedad de neurólogos, De Breval hizo una comunicación desconcertante. Nos aseguraba que operando ciertas circunvalaciones del cerebro, él podía modificar nuestra inteligencia como se puede modificar el físico. Una especie de cirugía estética de la personalidad. Naturalmente, ningún médico le tomó en serio.

—¡Naturalmente! ¿Y cómo reaccionó?—preguntó Juvé.

—Recuerdo muy bien, que perdiendo su habitual sangre fría, insultó a todos. Como pueden ustedes comprobar, no creo que esta explicación mía pueda probar nada.

—Efectivamente—respondió Juvé—, no prueba nada.

—A partir de aquel día no volvió a operar más, y unas semanas más tarde desapareció.

—Muchas gracias, señor profesor—dijo Juvé—. ¿Cree usted posible que Breval, aunque ustedes no le creyeran capaz de fabricar superhombres, haya podido crear monstruos en serie?

—Bromea usted, señor inspector. La ciencia y la brujería son cosas muy distintas. Señores, he tenido mucho gusto en servirles. Buenas tardes.

Se marchó el médico, y Fandor se quedó para hablar con Juvé.

—¿Cómo sigue el trabajo?—preguntó el periodista.

—Hemos mandado la filiación de De Breval a todas partes, ya no podrá burlarnos mucho tiempo—le informó Juvé.

—¿A menos que...?

—¿También tú crees en eso?

—Estoy seguro de que Fantomas existe...

—Nada indica su presencia.

—¿Cómo ha podido escapar el doctor?

—Puede tener cómplices en el extranjero.

—Amigo Juvé, hay uno sólo y tú no te atreves a pronunciar su nombre. Juvé, tengo una pista... bastante insegura, pero creo que para coger a Fantomas hay que detener al doctor y para detener al doctor hemos de valernos de una de sus amistades. Conozco a una dama que empieza a preocuparme, la señora de Charras.

—Sí, continúa.

—Es una buena amiga mía, admiro a su hija Cristina... Hizo cierto viaje que se prolongó mucho más de lo previsto. Cuando regresó a su casa, dos meses después, llevaba el pelo cortado, como todos esos que han trepanado... y además, muy cambiada—explicó Fandor.

—Y ateniéndose a su declaración, la comisaría de Fontainebleau dictaminaron el suicidio de De Breval—agregó Juvé—. Es un caso curioso. Dime, Fandor, ¿por qué no hacemos una visita a esa señora? Pide un coche ahora mismo, vendrás con nosotros.

—Bien, inspector Juvé.

Pocos minutos después el coche de la policía se detenía ante el domicilio de madame de Charras. Al darse cuenta la dama de que la policía preguntaba por ella, les recibió de mal talante.

—Verdaderamente es algo increíble... Si al juez de instrucción le hace falta mi ayuda, podía comunicármelo...

—Esto es lo que ha hecho, señora—dijo el agente.

—Lo que ha hecho ha sido mandarme a la policía para que me detenga...

—No pretendemos detenerla, señora—dijo otro agente—, sólo acompañarla.

Cristina presenciaba la escena.

—Vamos, mamá, no es más que una cuestión de fórmula, de rutina.

—Les advierto, señores, que exigiré una satisfacción.

—De acuerdo, y se verá complacida, tendrá cuantas desee—respondió el policía.

Irene salió a la calle acompañada de tres agentes y vio un mugriento taxi aguardando ante su puerta.

—No, de ninguna manera, no me presto a subir a ese coche, acompáñeme a sacar el mío del garaje, es aquí al lado...

—Pero señora, comprenda—insinuó el agente.

La señora de Charras se había puesto a andar hacia el garaje, la policía la seguía.

—Póngame las esposas para que no pueda huir, si le parece. ¡Esto es indigno! ¡Son unos granujas!

Con sus explicaciones y protestas, madame Charras llegó adonde estaba aguardando un coche, montó en él, se puso en marcha y los policías quedaron en mitad de la calle.

—¡Señora de Charras! ¡Señora de Charras!—gritaba Fandor,

saliendo del taxi que Irene no había querido aceptar—. ¡A perseguirla!

—Es inútil—dijo Juvé—, mire las ruedas de nuestro taxi, han reventado nuestros neumáticos. Volvamos a jefatura.

Cuando Juvé y sus hombres regresaron a sus dependencias le mostraron a un hombre que habían detenido.

—Buena presa—dijo Juvé—, y no ha sido trepanado como los demás.

—La bala ha entrado por el hombro derecho, salida por el omoplato izquierdo, fractura tígera, pulmón solamente rozado. Le operaremos mañana, si ha lugar; no encierra peligro su vida, pueden interrogarle sin miedo—dijo el interno de la enfermería de la policía.

—Bien—contestó Juvé—, firme su ficha de admisión y telefóne para que organicen la vigilancia para trasladarle a la enfermería de la dirección.

Salieron todos de la celda donde se hallaba el herido, dejándole absolutamente solo. Juvé y sus hombres pasaron al despacho. Se oyó un disparo y todos inmediatamente regresaron adonde habían dejado el enfermo. Juvé y Fandor fueron los primeros en llegar. Incorporado en el camastro donde yacía pocos minutos antes, estaba aquel hombre retorciéndose con los dolores causados por una reciente herida. Juvé se acercó a él, sujetándole la cabeza mientras con la mirada interrogaba a Fandor.

—¡Fantomas!—dijo el periodista con el movimiento de sus labios, sin llegar a pronunciar el fatídico nombre.

El pobre infeliz había dejado de existir.

—¡Que no salga nadie!—ordenó Juvé—. ¡Vigilen todas las puertas y ventanas!

El enfermero acudió al lado del herido.

—¡Está muerto, inspector!

—Inspector Juvé—dijo Martín—, se ha hecho lo que usted ha mandado. Nadie ha podido salir de aquí. El portero ha cerrado bien la puerta...

—¿Y las demás salidas?—preguntó el inspector.

—Todas las ventanas que dan a la calle tienen reja. Sólo

queda la puerta del patio donde está el depósito, que sólo se utiliza para los entierros—explicó el enfermero.

—Ya pensé en ella, también—dijo Martín—. Ya está cerrada.

—Pues esta vez, este malvado está aquí con nosotros y no podrá escapar—dijo Juvé, anticipando la victoria—. Fandor, sólo tú y yo conocemos el verdadero rostro de Fantomas. Mientras se procede al registro de todas las dependencias, ocúpate de la puerta de los entierros. Yo me quedaré aquí y pocas imprudencias, muchacho.

En una ciudad como París, un entierro casi diario, saliendo de la jefatura central de policía, no era nada extraordinario y mucho menos en esa temporada en que Fantomas, o quien fuese asolaba la villa con sus crímenes. Y precisamente, mientras toda la jefatura andaba revuelta en busca del malvado, que forzosamente debía encontrarse en el edificio, porque acababa de asesinar a un hombre casi ante los mismos ojos del inspector Juvé, se estaba organizando un entierro en el patio. Eran varios los acompañantes y el maestro de ceremonias arreglaba la comitiva.

—Los caballeros primero, por favor. ¿Señora, quiere usted ponerse a la cola? Cuidado, pequeñín, allí, allí detrás estarás muy bien.

Todo el duelo estaba bien distribuido, la carroza fúnebre tirada por un solo caballo, guiado por un cochero a la Federica, con atropellado traje, aguardaban para salir de aquel recinto.

—¿Qué hacemos?—preguntó el hermano del difunto.

—Esto es lo que digo yo—respondió el maestro de ceremonias.

—Están ustedes esperando órdenes—dijo la portera encargada de aquella lúgubre salida.

Uno y todos los acompañantes hicieron sus comentarios, no faltando tampoco el del maestro de ceremonias y a la vez representante de la funeraria.

—Señores, he de hacerles una advertencia—dijo el celoso funcionario de pompas fúnebres—. Me han pagado para conducir el cadáver hasta el cementerio; pero si no nos dejan salir

de este patio, lo entregaré a sus manos y arréglenlo como puedan. Lo entierran ustedes mismos.

Cuando el maestro de ceremonias había tomado tan heroica determinación apareció Fandor en el patio.

—Señoras y caballeros, por favor, se trata de una simple formalidad.

—Ya conozco esas formalidades—dijo uno del cortejo.

—¿Hay que abonar algo más todavía?—preguntó el hermano del difunto.

—No, señor—contestó Fandor—; basta con que me enseñen ustedes sus tarjetas de identidad, vayan pasando ante mí.

Como si se tratara de una despedida de duelo, todos los asistentes al entierro mostraron su documentación a Fandor con absoluta resignación.

—Muy bien, caballeros, todo está en regla.

—¿Y el cadáver?—preguntó el maestro de ceremonias.

—Está fuera de toda sospecha, como es natural—dijo el periodista—. El depósito ha respondido de eso.

Terminada la investigación que Juvé había encargado a Fandor, la comitiva se reorganizó y puso en marcha.

—Hemos perdido mucho tiempo—dijo el maestro de ceremonias—, y hemos de andar deprisa, ya deberíamos estar en el cementerio.

Se puso en marcha el entierro a muy buen paso y cuando ya habían andado algunos metros fuera del patio apareció de nuevo Fandor gritando:

—¡El cochero! ¡El cochero! ¡Pare! ¡Pare... pare!

El cochero miró al que gritaba, saltó del pescante, echó a correr y subiendo a un coche que estaba por allí parado, desapareció rápidamente.

—¡Fantómas!—exclamó perplejo Fandor—. ¡Cómo se ha burlado de todos nosotros!

LOS SECUESTROS EN MASA

En una céntrica plaza de París acababan de oírse varios disparos. Se había sembrado el pánico y la gente huía despavorida. Los autores del atraco actuaban serenamente, cogían a las personas que les parecía bien y en camiones, taxis o coches particulares se las llevaban... ¿dónde?

Después de haber recorrido muchos kilómetros las presuntas víctimas llegaban a un paraje solitario donde se levantaba un edificio de aspecto conventual. Allí eran recibidos por unos hombres, que aun cuando vestían la bata habitual del enfermero, más bien parecían unos carniceros o verdugos. Más brutalmente, que con atenciones, se obligaba a los secuestrados a apearse del vehículo que les había conducido a tan extraño lugar y sin darles ninguna explicación se les distribuía en las distintas celdas enrejadas que rodeaban la nave con la piscina de ácido sulfúrico. Las víctimas no podían menos que protestar y asediaban a preguntas a sus verdugos.

—¿Podrían decirme, si tendré ocasión de volver a ver a mi familia?—preguntaba un caballero entrado en años.

—Prefiero decírselo cuanto antes—decía otro secuestrado—, si se trata de una broma, es de muy mal gusto.

—Hay que ver cómo anda el mundo—decía un obrero—; para hacer secuestros no tropiezan con dificultades.

—Les advierto una cosa—exponía en tono pomposo un artista pintor—, mi desaparición no pasará inadvertida... soy conocido, muy conocido en el café de Flora...

—¿Por qué me han detenido?—preguntaba un pobre empleado—. Mi documentación está en regla, no me lo explico.

Una muchacha vestida con relativa elegancia, preguntaba a

los dos tipos con apariencia de enfermeros que la empujaban hacia una celda:

—Si alguien se ha enamorado de mí, sería mejor que me lo dijera antes que recurrir a estos métodos.

—Yo salía de la iglesia—decía una encopetada dama—. No es motivo para detenerme, no está prohibido rezar.

Todas las protestas eran escuchadas con indiferencia, y los hombres a las órdenes del doctor De Breval y de Fantomas iban colocando a todos aquellos infelices en las celdas, para disponer de material humano con que producir criminales. Les interesaban de todos los tipos y todas las clases sociales. ¿Cuándo terminaría aquella era de terror? París ardía indignado.

Mientras tanto madame de Charras no había regresado tampoco a su hogar y Cristina sólo podía confiar sus temores a Fandor. El pequeño Pierre también había desaparecido.

—¿Ha estado en jefatura, Fandor?—preguntaba ansiosa la joven—. No se sabe nada de mi madre. Pierre tampoco aparece...

—Cálmese, Cristina, cálmese; toda la policía está sobre aviso y de hoy a mañana, quizá hoy mismo sabremos algo.

Esto es lo que Fandor decía a Cristina de Charras mientras el inspector Juvé hablaba con el ministro, porque los crímenes y las desapariciones eran ya demasiado escandalosas. Juvé había sido llamado por el ministro, quien le había mostrado una carta firmada por Fantomas, en la que le decía que, siendo ya inmensamente rico, deseaba emprender una vida apacible, y ofrecía cesar en sus fechorías si se pasaba la esponja sobre los crímenes cometidos, y París recobraría su habitual calma, si no aceptaban estas condiciones...

—Este «chantage» es inaceptable, señor ministro—dijo Juvé, —además, Fantomas es un mito.

—Pues ¿qué piensa usted hacer?

—Señor ministro, lo que pienso hacer es sencillísimo; espero que lo mismo que nos hizo capturar la banda de Bonnot; lo que puso en nuestras manos a Landrú, lo que nos libró del doctor Petiot, lo mismo que nos ha ayudado en otras ocasiones: la casualidad. Por esto espero tranquilo.

EL PALACIO DE FANTOMAS

Una de las dependencias superiores del edificio conventual donde el doctor De Breval llevaba a cabo sus criminales operaciones, era utilizada como lujosa residencia de Fantomas, el doctor y también en el presente momento... de Irene de Charras. Cómodos divanes, lujosos espejos, discretas lámparas y mullidas alfombras adornaban una estancia donde por no faltar nada había también un jarrón de flores. Madame de Charras, sentada en el diván, se entretenía jugando al solitario con las cartas. Fantomas, vestido de etiqueta, doblaba alrededor de su cuello una bufanda, mientras el criado chino esperaba con el bastón y la chistera en la mano a que saliera su señor.

—Hasta luego, mi querida amiga—dijo Fantomas, y dirigiéndose al criado: —Cambia la bombilla de esa lámpara, que a la señora de Charras se le cansa la vista.

Salió Fantomas y madame de Charras le vió desaparecer de la habitación con indiferencia. Apagó la luz de la lámpara a que se había referido Fantomas y la estancia permaneció casi a oscuras. En su atormentado cerebro acudió el recuerdo de su hijo Pierre. Le constaba que lo habían secuestrado también y ella no había tenido fuerza de voluntad para imponerse a aquellos dos asesinos. ¿Qué le ocurría a ella que tanto la dominaba? En el cerebro de la desgraciada Irene hervían mil ideas extrañas y sus sentimientos de madre se imponían por encima de los demás.

—¡Pierre, mi pequeño Pierre!

Irene hablaba en voz alta y en su alocada imaginación se le presentaba la figura de su niño.

—¡Hijo mío! ¿Dónde estás?

El doctor De Breval entró en la sala.

—Irene, ¿por qué tiene usted esta expresión?

—¡Asesino!—dijo ella por toda contestación.

—¿Asesino? Esto es demasiado.

—No es usted más que un loco, un miserable loco.

—¿Qué importa!—dijo el médico— Todos estamos locos. Usted seguramente se cree ser una mujer normal.

—Por culpa de usted me he vuelto también loca y he ayudado a asesinar a mi niño... Le detesto.

—Palabras, frases, querida Irene... Usted quiso burlarse de mí, mis compañeros también se burlaron, todo el mundo se atrevió contra mí. Al parecer soy un loco, loco por desearla a usted, por su amor, por querer servir a la ciencia... sí. Era un loco, pero si yo hubiese querido, Irene, aquí está la prueba, los lazos que ahora nos unen son mucho más sólidos que los del amor, porque usted es mi cómplice.

—No me importa; la muerte de mi hijo me ha devuelto la razón—dijo Irene resuelta.

—¿De qué va a servirle la razón?

—Para compadecerle a usted, doctor De Breval.

Se retiró Irene de la sala en dirección a sus habitaciones y el doctor no se atrevió a seguirla. Madame de Charras había tomado una seria resolución. Se puso un abrigo y salió a la carretera. Hizo una seña al primer coche que pasó para detenerle.

—Buen hombre, ¿podría llevarme usted al pueblo más próximo?

—Con mucho gusto, señora.

Pocos minutos después Irene entraba en la taberna del primer pueblo por donde habían pasado.

—¿Podría utilizar el teléfono?—preguntó al tabernero.

—Sí, señora, pase usted ahí dentro.

—Oiga, oiga, póngame con París, Gutenberg, 80-60, es urgente—dijo Irene a la central.

—No tenemos línea con París hasta dentro de un rato, ya la avisaremos.

—Sí, llame aquí mismo, la taberna de la plaza.

Era indispensable esperar, Irene pidió una copita de licor y

se dispuso a esperar la llamada de la central. En la taberna sólo había el tabernero, su mujer y un niño de pocos años.

—¿Puedo sentarme aquí?—preguntó Irene.

—Puede pasar a este cuartito—dijo la tabernera mostrándole una habitación cerca del teléfono.

El tabernero abrió la radio a toda voz y nadie se dio cuenta de que se había abierto y cerrado la puerta de la habitación en que esperaba Irene. Un buen rato después llamó el teléfono.

—¡Hablen con París!

La tabernera cogió el aparato.

—¡Señora, señora, su conferencia con París!

Irene no aparecía por ninguna parte.

—Central, debe haber sido un error, porque la dama que ha pedido la conferencia se ha marchado.

Esta contestación se transmitió a la Jefatura, donde Juvé ya esperaba ansioso el resultado de la incógnita llamada.

—Esto es una pista y hay que averiguar desde dónde nos han llamado. Agentes, interroguen la central y partan inmediatamente para el pueblo que sea. Avisen al llegar allí y seguiremos nosotros.

Fantomas había regresado a su residencia y encontró al doctor De Breval sumido todavía en la meditación en que le habían dejado las palabras de Irene.

—De Breval, ¿qué hace usted aquí?—preguntó Fantomas.

—He sostenido una discusión con Irene.

—No se preocupe más de madame de Charras...

—¿Por qué?

—¡Está en el cielo!

—¡Cómo! ¿Se ha atrevido usted?

—Si nos había traicionado... la vida de una mujer como ella es frágil...

—¡Irene!—exclamó De Breval.

Dos días después la policía encontraba el cadáver de madame de Charras próximo al edificio habitado por Fantomas y el doctor. La policía estaba ya sobre la pista. Los dos criminales estaban acorralados y entre los dos estalló fiera lucha. Cuando la

policía penetró en el edificio encontraron primeramente a De Breal, hecho un loco, e indicándoles que Fantomas intentaba huir. El doctor corría para liberar a todos los secuestrados que se hallaban en las celdas... éstos salían de su encierro como gentes resucitadas. Fantomas recorría todos los rincones del edificio intentando escapar... Todo era inútil; la fortaleza estaba tomada y su sepultura sería la piscina de ácido sulfúrico, donde tantas de sus víctimas habían sucumbido. Espectáculo de terror, infierno dantesco era lo que aparecía ante los agentes de Juvé al recorrer aquellas diabólicas dependencias. Al fin, un hombre que se lanzaba a la piscina de ácido.

—¡Es fantomas!—exclamaban todos horrorizados.

* * *

Cristina había querido acompañar a Fandor en la expedición al lugar trágico donde sabía que había estado su madre, voluntaria o involuntariamente.

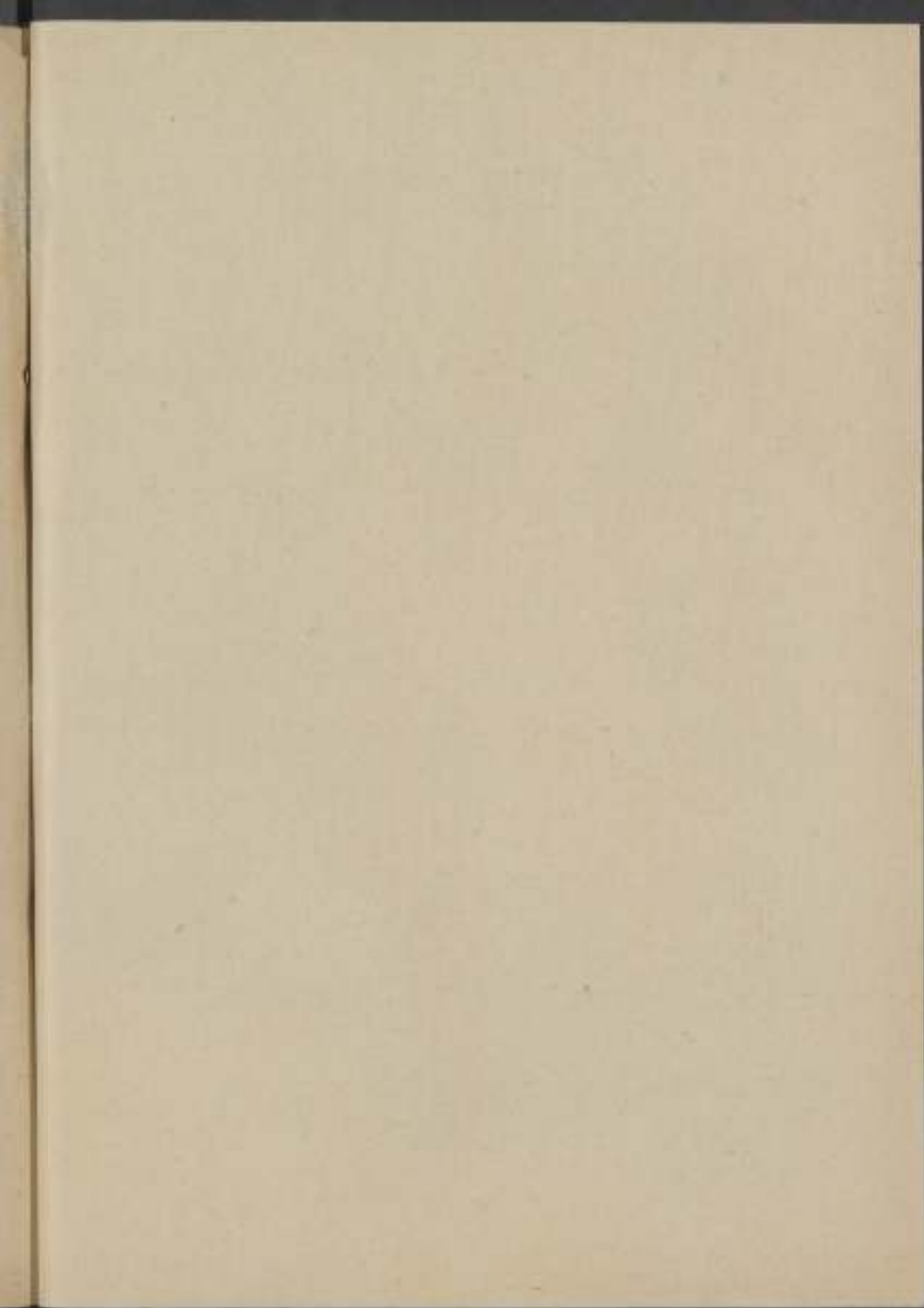
—Llévatela y procura consolarla—dijo Juvé a Fandor—; ésta es tu obligación ahora.

—Vamos, Cristina—dijo el periodista.

—Dígame que no es verdad lo que veo, Fandor—suplicó Cristina volviendo la cabeza hacia donde todavía se hallaban tendidos varios cadáveres.

—Claro que no es verdad. No puede ser verdad, Cristina. Es una pesadilla, un mal sueño. Cierra los ojos y cuando vuelvas a abrílos, estaremos lejos, donde brille el sol y hallemos una vida muy distinta, una vida limpia y sin temores.

F I N



CANCIONERO

de  Editorial **ALAS**

1 peseta

KAFFLES
ANGEL SANZ
PEPE BLANCO
JUANITO PEÑA
CARLOS GARDEL
ANTONIO AMAYA
CARMEN FLORIDO
ANTONIO MACHIN
LA GITANA BLANCA
MANOLO CARACOL
NIÑA DE LA PUEBLA
JUANITO VALDERRAMA
LOS MEJORES CANTARES
ANTONITA MORENO
HERMANOS VIANOR
CONCHITA PIQUER
CARDOSO (Tangos)
RAQUEL RODRIGO
CARMEN SEVILLA
GLORIA ROMERO
PEPITA LLACER
LOLA ALEGRIA
LOS PONCHOS
LUIS ARAQUE

IRMA VILA
NEGRETE
LA RIOJANITA
MARIA ELVIRA
JUANITA REINA
NINO ALMADEN
HUGO DEL CARRIL
MANOLO SEVILLA
NINO DE OBIHUELA
EL PRINCIPE GITANO
MIGUEL DE LOS REYES
RUISEÑORES DEL NORTE
TOMAS DE ANTEQUERA
IMPERIO ARGENTINA
GRACIA DE TRIANA
IMPERIO DE TRIANA
MONIQUE THIBAUT
JOSE LUIS CAMPOY
ALFONSO GUERRA
PEPE MARCHENA
ALICIA MUÑOZ
LOLA FLORES
JOSE MARIA

CANCIONERO EXTRAORDINARIO

1'50 ptas

TOMAS RIOS - ANTONIO MACHIN - BONET DE SAN PEDRO
MARIA DEL VALLE - LOS CLIPPER'S

2 ptas.

Cinco Vocalistas del Jazz - Cinco Estilistas Calés - Cinco Estrellas Calés
Cinco estrellas del Hot - Trío Calaveras - Cuarteto Tropical - Irma Vila
Antonio Machin - Curro Lucena - Bronce y Seda - Arriba Va - Estrellas
de la Radio - Negrete, Irma Vila y Trío Calaveras - Pepe Blanco

COLECCION NEGRETE

1'50 ptas

CREACIONES DE JORGE NEGRETE
JORGE NEGRETE Y AMANDA LEDESMA
JORGE NEGRETE, SUS NUEVOS EXITOS
JORGE NEGRETE - IRMA VILA - TITO GUIZAR

Pedidos a EDITORIAL ALAS - Apartado 707 - Barcelona

Artes Gráficas Estilo - Valencia, 234

4 pesetas